



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Rios, Alarcón, Arca, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Arnao, Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, Alvarado, Ardanaz, Ariza, Antonio Guerra y Alarcón, Arieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (Marqués de) Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrego, Bueno, Bremon, Breton de los Herreros (Manuel), Blasco, Burrell, Buitrago, Calvo Asensio (D. Pedro), Campoamor, Camús, Canalejas, Cañete, Cardozo, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazorro, Cervino, Cuesta (conde de), Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio (D. Gonzalo), Comenge, Cañamaque, Calcaño, Dacarreta, Diaz (José María) Diaz Perez, Durán, Duque de Rivas, Echevarria, (J. A.) Espin y Guillen, Estrada, Echegaray, Esquivel, Escosura, Estrella, Eulate, Fabié, Ferrer del Rio, Fernandez y Gonzalez, Fernandez Guerra, Fernandez de los Rios, Fermin Toro Flores, Figuerola—Figuerola (Augusto Suarez de), Garcia Gutierrez, Gustavo Baz, Gayangos, Galveste de Molina (D. Javier), Graells, Jimenez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güel y Rente, Guellbenzu, Guarrero, Incenga, Harzenbusch, Iriarte, Janer, Jaumeandreu, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezama, Lucas Mallada, Lopez Guizarro, Lorenzana, Llorente, Lafuente, Macanaz, Machado y Alvarez, Mártes, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Medina (D. Tristán), Merelo, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Malagarriga, Ochoa, Olavarría, Olavarría y Huarte, Orgáz, Ortiz de Pinedo, Olózaga, Pompilio Gener, Palacio, Pasión y Lastra, Pascual (D. Agustín) Perez Gallós, Perez Lirio, Pl y Margall, Poyo, Rainoso, Retes, Revilla, Ríos Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodriguez y Muñoz, Rodriguez (G.), Rosa y Gonzalez, Ruiz de Olano, Rossell, Ruiz Aquilera, Sagarmínaga, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmeron, Sanromá, Selgas, Sevovia Serrano Alcazar, Selles, Tamayo, Truaba, Tubino, Talero, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla, Sanjuan (D. Ramon de), Combarain y España (D. Eugenio), Acosta (D. Juan), Ribot y Fontseré.

PRECIO DE SUSCRICION

España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—
Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.

PRECIO DE LOS ANUNCIOS

España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 13 de Abril de 1885

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.

Administración y redacción, Salesas, 2, duplicado.

SUMARIO

Revista política, por Carlos Malagarriga.—El Movimiento religioso en Europa y América, por Nicolás Díaz y Pérez.—Una historia en dos cuadros, por A. Pérez Gómez Nieva.—Leyendas muárabes, El Walicito de Al-Mondhir, por Tomás Rodríguez Pinilla.—Baladas Americanas, por Luis Ricardo Forts.—La Unión-Hispano-Americana (continuación), por Ramón de Sanjuán.—Soneto, por Amparo Montes.—El Archipiélago filipino, por R. Ortiz y Beneyto.—El sueño de Amparo, por Ramón de Sanjuán.—Cosas del mundo (poesía), por R. Ortiz y Beneyto.—Clasicismo, romanticismo y realismo, por Antonio Guerra y Alarcón.—La Locomotora (poesía), por J. Alvarez Sierra.—La Cuerda de cáñamo (continuación), por Francisco Martín Arrúe.—La enfermedad de Europa (conclusión), por Santiago Arambilet.—Revista de Madrid, por Eugenio de Olavarría y Huarte.—Anuncios.

REVISTA POLÍTICA

La suspensión del Ayuntamiento de Madrid no ha provocado grandes discusiones en la prensa; la ministerial ha callado ó ha defendido con tibieza la medida; pero la independiente, con rara unanimidad, ha coincidido en sus quejas contra tan anómala medida.

Si el Sr. Romero Robledo se hubiese propuesto simplemente cortar abusos de antiguo señalados, no tenía para qué hacer pagar á los regidores liberales de ahora culpas de anteriores administraciones; y en último resultado, el alcalde-presidente debía haberles seguido en su caída, en vez de admitirse en términos laudatorios la dimisión y prometersele públicamente un puesto análogo en la administración local y la elección de senador.

El nuevo Ayuntamiento ha comenzado su gestión abdicando de sus facultades en favor del nuevo alcalde, Sr. Bosch y Fustigueras, y éste ha limitado hasta ahora su gestión á hacer modestas economías y á dar á la prensa noticias de grandes planes municipales.

Como si este tropiezo de la situación no fuese bastante, ha venido uno de nuevo á dificultar el libre desarrollo de la política conservadora; después de muchas promesas y no pocas amenazas, apareció en la Gaceta del viernes 10, con el título de *Ministerio de Gracia y Justicia*, un documento sin firma, cuyos párrafos más interesantes decían:

«No pudo menos de experimentar S. M. vivísima satisfacción al saber por documento de tan alto origen que antes de recibir queja alguna, y no bien tuvo conocimiento de los términos en que estaba la pastoral (del obispo de Plasencia) concebida, Su Santidad se dignó espontáneamente disponer, que por su secretario de Estado se escribiese al prelado de Plasencia «llamándole la atención acerca de la forma poco serena en que estaba redactado su escrito, y respecto á algunas alusiones en él contenidas, las cuales eran capaces de imprimirle cierto carácter de manifestación política, y por tanto, de turbar el curso de las amistosas relaciones, que atenta siempre á realizar los fines de la Iglesia, mantiene la Santa Sede con el rey católico, concluyendo, en suma, por recordarle las vivas exhortaciones que en pro de la concordia, encerraba la encíclica *Cum multa* dirigida en 8 de Diciembre de 1882 por el Padre Santo al episcopado español. Pero todavía entonces no poseía cabal noticia la Santa Sede, de los motivos de agravio del Gobierno de S. M. católica, porque no era fácil inducirlos del mero texto de la pastoral, no siendo bien conocidos en Roma aquellos hechos que hubieran servido de motivo para hallar en aquel escrito las apreciaciones que se juzgan injuriosas, é ignorándose sobre todo que el gobierno del rey había creído poder discernir en los conceptos de la pastoral los caracteres de una ofensa, diri-

gida no sólo contra los ministros, sino también contra las sagradas personas de los católicos príncipes que ocupan el trono español.»

«Presentada después (y por medio del despacho, de que el embajador de S. M. dejó copia el eminentísimo señor cardenal secretario de Estado), bajo un aspecto tan delicado, la cuestión, la Santa Sede no ha vacilado un momento en declarar que si en realidad las palabras del prelado de Plasencia hubieran sido escritas con la intención de inferir ofensas semejantes, no podría en esta parte dejar de reprobarlas altamente, porque al deber que tienen los obispos de inculcar la observancia de las leyes de la Iglesia y combatir las doctrinas perniciosas, va unido también el de respetar los poderes constituidos y mantenerse extraños á los partidos que luchan en el campo político.»

Apenas apareció tan extraño documento que la prensa se apoderó de él para demostrar hasta la saciedad cuán vano era el triunfo que creía haber alcanzado el gobierno, como lo probaba la agitación de los órganos carlistas y el anuncio de otras pastorales.

En el extranjero la derrota de los franceses en la frontera china ha determinado la caída del Gabinete Ferry, que después de una semana de vacilaciones ha sido sustituido por un Gabinete formado por el presidente de la Cámara, Mr. Brisson, y en el cual han entrado diputados de las dos fracciones:—unión republicana é izquierda radical—en que se divide la mayoría.

Figura también Mr. Freycinet.

La declaración del nuevo ministerio ha acentuado la impresión favorable que produjo

desde los primeros momentos. El arreglo de la cuestión indo-china, los presupuestos y las elecciones, son los tres puntos que ha tocado, con exclusión de todos los demás, y en los términos que la opinión republicana reputa como unánimemente sentidos. El país podrá convencerse ahora de que su influencia es decisiva. Comienzan, en verdad, á formarse en las Asambleas francesas costumbres verdaderamente nacionales, lo mismo que en las Cámaras británicas, y existen cuestiones que se sustraen á las luchas de los partidos y se confían al patriotismo de todos los ciudadanos.

Otras existen que debieran gozar del mismo privilegio: nos referimos á las libertades públicas, y especialmente á la más esencial entre todas: á la libertad de sufragio.

Por una feliz coincidencia, en el momento mismo que el presidente del Consejo y el ministro de Negocios extranjeros, subían á la tribuna para dar lectura al programa ministerial, la paz con China estaba casi anunciada oficialmente. Sus bases pueden satisfacer á cuantos el patriotismo exagerado no ha hecho perder el sentido común.

El cumplimiento del tratado de Tien-Tsin, que constituye en este asunto el desideratum completo del gobierno y del país, está asegurado para un plazo relativamente corto y garantizado por la presencia en aquellos mares de la escuadra francesa. Gran acontecimiento es este para Francia y para la República.

En el Consejo de ministros celebrado el sábado 11 bajo la presidencia de Mr. Grevy, el ministro de Negocios extranjeros comunicó á sus colegas los despachos de los agentes franceses en China, que confirman la noticia, ya sabida, de haber quedado arreglados los preliminares de la paz.

El Consejo se ocupó de las medidas que habían de adoptarse para asegurar la aplicación de esos preliminares de paz, y mantener allí la situación militar de Francia hasta la conclusión del tratado definitivo.

El general Courcy, comandante del décimo cuerpo de ejército en Rennes (que será reemplazado en su mando por el general Lewal), ha sido designado para mandar el cuerpo de ocupación, y llevará como jefe de estado mayor al general Warnet, antiguo jefe de estado mayor general del ministro de la Guerra. Las dos divisiones de que está formado ese cuerpo seguirán mandadas: la una por el general Briere de l'Isle, y la otra por el general Negrier.

Por último, se constituirá una tercera división de reserva en Francia, así para el caso de eventualidades imprevistas, como para asegurar la ocupación permanente del Tonkín, cuya posesión ha sido reconocida á Francia por la China.

Gran conmoción con motivo de la noticia de un encuentro entre rusos y afganos.

Al *Times* le telegrafian de San Petersburgo que los rusos no tenían más que dos batallones de infantería y dos escuadrones de turcomanos y cosacos, ó sea un total de fuerzas de unos 1.000 hombres. Las de los afganos sumaban 8.000, según dijeron los telegramas, y 4.000 según la versión oficial publicada en la capital de Rusia.

De cualquier modo, lo que está fuera de duda es que los afganos perdieron en el campo 500 hombres, conforme se dijo desde un principio. Los diarios ingleses creen que los rusos hayan sufrido también pérdidas considerables. Recuérdese que sólo se ha anunciado de parte de éstos las de 11 muertos y 32 heridos.

Los afganos tenían mal armamento; sus fusiles eran viejos, y la lluvia que caía en los momentos del combate, neutralizaba en gran parte el efecto; pero se batieron con bravura, y al fin se retiraron con perfecto orden, sin ser perseguidos, á Meruchak.

Penjdeh, el lugar de la batalla, se halla en el territorio disputado, y allí atacó el general Komaroff á los afganos con el pretexto de que sus avanzadas habían cambiado de posiciones. Concluido el combate, las fuerzas rusas volvieron á los puntos que ocupaban antes.

Con motivo del viaje de los príncipes de Gales á Irlanda en la noche del día 8, hubo agitación considerable en Dublín.

Los estudiantes recorrieron las calles á la luz de las antorchas, ostentando la bandera inglesa y cantando el himno *God Save the Queen*. Al llegar frente á Mansion House, pidieron con grandes gritos que saliera al balcón el lord alcalde. Intervino la policía é hizo varias prisiones.

Mr. Parnell ha publicado un manifiesto, en el cual dice que, únicamente los funcionarios, los propietarios y los que aspiran á obtener empleos públicos, pueden reconocer al príncipe de Gales, y que no hará tal cosa ningún irlandés verdadero.

..

Faltan detalles para apreciar debidamente el acto por medio del cual el presidente de Guatemala, general Barrios, muerto al frente de sus tropas, quiso reunir bajo su autoridad, en una Confederación, en un Estado único, las cinco Repúblicas de América Central.

La incertidumbre con respecto á este asunto es mucho más grande para nosotros, porque no tenemos noticias del golpe de Estado del general Barrios más que por las capitales coaligadas en contra suya.

Conocidos son los orígenes del conflicto. Barrios, conforme á las proposiciones hechas con fecha 20 de Febrero á las otras cuatro Repúblicas de América central, publicó el 5 de Marzo, con la aprobación de la Asamblea nacional de Guatemala, un decreto reuniendo los territorios de los cinco Estados bajo su autoridad militar. San Salvador, Nicaragua y Costa Rica protestaron contra esa absorción, mientras que Honduras se adhirió con entusiasmo al proyecto.

Guatemala y Honduras tienen juntas población superior á la de sus adversarias, y Guatemala sola tiene más recursos financieros que los otros cuatro Estados reunidos.

Se emprendió una campaña por iniciativa de San Salvador, y después de varios hechos de armas, cuyas peripecias son confusas, el general Barrios ha perdido la vida en la batalla de Chalchuapa, donde fueron derrotadas sus tropas.

Tal ha sido el final de la tragedia.

CARLOS MALAGARRIGA.

EL MOVIMIENTO RELIGIOSO

EN EUROPA Y AMÉRICA

CAPÍTULO DÉCIMOPRIMERO

Los cismáticos españoles y el P. Aguayo.—La iglesia liberal española del P. Mora.—El protestantismo en España y sus progresos en Cádiz, Camuñas y otras poblaciones.

I

Hasta en España, donde más raíces tiene la Iglesia de Roma, los separatistas han levantado su bandera proclamando la libertad de la Iglesia, apartándola de la política romana, que compromete en las ruinas de la iglesia oficial los principios fundamentales del cristianismo y aun por tiempo la existencia de la religión misma en las sociedades católicas.

El primero que en este país levantó la bandera del cisma, fué el grandilocuente Tristán Medina, que desde 1860 se separó de la Iglesia romana, siguiéndoles más tarde D. Manuel Matamoros, el Doctor Escudero y el Padre Aguayo.

Tristán Medina no sirve para fundar escuela. Imaginación volcánica, pensamiento fugaz, alma de ángel, carece de la constancia perseverante del filósofo, bien que él tiene el genio del poeta.

No se debe á él la organización de los cismáticos en España, aunque él fuese quien arrojara la primera piedra, para romper aquí la unidad católica. Se debe, en su principal parte, al joven presbítero D. Antonio Aguayo, que ya desde 1864 venía mostrando su poca conformidad con el Pontificado, escribiendo

aquellos libros que él titulaba *Cartas á los presbíteros españoles* y la *Historia de una carta*, en donde expone parte de su nueva doctrina y refiere las persecuciones que le valió por parte de los arzobispos de Sevilla y de Granada.

Reunido el presbítero Aguayo con otros muchos sacerdotes españoles en Madrid, á mediados de Octubre último, acordó publicar un manifiesto exponiendo el fundamento dogmático de su nueva reforma; y en efecto, el 26 de Noviembre vió la luz aquel notable documento del cual nosotros nos vamos á permitir reproducir aquí algunos de sus mejores párrafos, para poder así condensar en este capítulo el espíritu que domina á los firmantes de dicho escrito.

Hé aquí, pues, sus más explícitas declaraciones:

«Contemplando la misión providencial del cristianismo, que aparece como un hecho de vida de la conciencia religiosa, y siguiendo la historia de los primeros tiempos de la Iglesia, en que aquel hecho humano-divino se formula en doctrinas y se ofrece como ideal de las nuevas sociedades, redimidas de la servidumbre gentil del espíritu, hemos confirmado nuestra profunda fe en la revelación de Dios mediante Jesucristo. Pero confesemos también, del fondo de nuestra alma, que la *revelación* es una relación permanente, eterna de Dios al hombre, y que en ella radica el absoluto fundamento de la *religión*, el cual, según es gradualmente recibido y determinado por la conciencia en su progresiva cultura, y mediante la asistencia del espíritu divino en el tiempo, constituye las manifestaciones religiosas en que la unión esencial de los seres finitos bajo el Ser Supremo se consagra; y esto es, á nuestro entender, lo que tiene de progresiva la religión en la historia, salva la inmutabilidad de sus verdades fundamentales...

«Los principios fundamentales que á todos los cristianos católicos nos unen son: la *unidad de Dios* como *Ser Supremo y Providencia* del mundo; las *verdades eternas* é inmutables que El ha revelado á su Iglesia y que predicaron sus apóstoles; la *unidad humana* sobre toda diferencia de razas, gentes y sectas, según la declaró Jesucristo y la predicó el apóstol, cuyo divino germen han desenvuelto los progresos de la razón, afirmando la idea de la *humanidad universal*, como la celestial ciudad de todos los seres racionales finitos, pero inmortales en Dios; la *piedad*, como el principio de la personal unión de la criatura racional con el Criador; y la *caridad*, como lazo divino de amor entre todos los hombres, y de religión respecto á la propia dignidad de todos los seres del mundo...

Estas ideas aparecen un poco abstractas, y en su espíritu genérico apenas si se pueden analizar; pero este otro párrafo viene á exponer claramente la verdad de una aspiración elevadísima:

«Realizar bajo estos principios de vida todas las relaciones del humano destino; amando nuestra perfección como precepto de Dios, y procurándola con claro conocimiento y recta obra semejante á la vida divina, hé aquí el ideal que la religión consagra y del que, conforme á nuestra vocación, nos declaramos ministros. Que no es la religión la fe pasiva y ciega en determinada representación positiva de la suprema relación entre Dios y el hombre, ni menos la práctica meramente servil y mecánica del culto, las cuales degeneran en grosera superstición y declinan en gentil idolatría, si no se entienden y producen como delicada expresión servible de la idea religiosa y de su íntima penetración por toda la vida en *espíritu y corazón*: declaración expresa es del Divino Redentor, que amargamente censura al *Fariseo* y recibe como hermano en Dios al *Samaritano*.

«Pide la *religión* de parte del hombre la dignidad moral de la conciencia, sin la cual fuera aquella impura y profana. Mas la *moralidad*, á su vez, exige conocimiento y sentimiento del *bien* como fin último de la vida. Concebirlo y amarlo, como misión divina de

nuestro ser, y de aquí traducirlo con recta y firme voluntad en obras libres; tal es la propia sustantiva esfera de la moral...

«Hoy más que nunca importa al hombre sinceramente religioso afirmar la sustantividad de la moral en su propia razón, sin desconocer su origen divino, si no ha de caer el espíritu de un lado en el ateísmo á que propende la llamada *moral independiente*, ó no ha de cerrarse de otro el único camino posible para formar la conciencia religiosa, y hacer que la religión no decline en *creencia de temor* que llama á rebelión ó encoge y apoca la libre vigorosa expansión del ánimo para la virtud, ó en *estrecha fe* que aísla y enemista á los hombres, haciéndoles pensar que fuera de su comunión la dignidad moral no existe, como si Dios no fuera Providencia para todos y en todos no se diera la razón.

«Apresurémonos á confesar que nunca fué el cristianismo religión de temor, aunque las circunstancias, más que los hombres, tal carácter le dieran para imponerla sensiblemente á las conciencias incultas; ni en angustioso claustro de secta se aprisionó su idea cuando anunció la catolización del mundo, por más que en la secta el espíritu de dominación hiciera pensar á los hombres que las fórmulas particulares de un dogma debían prevalecer, reduciendo á monótona uniformidad la libre voz de los espíritus, y despertara en ellos el genio maléfico de la intolerancia y la enemiga, invadiendo el reino indiviso de Dios y marcando con sangre y fuego la división de los hombres...

«Cierto que no ha sido siempre de amorosa concordia la relación entre estas superiores esferas de la vida: la teología dogmática, por el imperio de su idea, hizo sierva á la filosofía; y ésta, en cambio, no sólo procuró ir quebrantando el yugo que tenía por ominoso, sino que renegó de aquélla, y aun de Dios, para sellar su independencia. Mas hoy, según las más puras señales de los tiempos, aspiran á reconciliarse como dos esferas armónicas de la conciencia; que no hay dos conciencias, una para la religión y otra para el saber siendo uno y mismo el espíritu científico que el religioso, y uno mismo el objeto absoluto de la ciencia que el principio supremo de unión de los seres en la vida. Dios. ¡Sublime alianza esta que con divino regocijo deben recibir los hombres sabios y piadosos, y que habrá de preparar, aunque disten los tiempos, la feliz concordia de todos los pueblos de la tierra en los eternos principios de la verdad y de la belleza, de la caridad y de la justicia, cumpliéndose la promesa del Salvador: *Venient omnes gentes in agnitionem fidei: Unum Ovile et unus Pastor!*»

Y los auteres de este manifiesto, después de pedir la abolición del celibato para los clérigos y de hacer un llamamiento á sus colegas excitándoles á que le sigan en el camino de la fe, terminan exponiendo las siguientes bases, como fundamento de la *Iglesia española*, por la que sostienen tan formidable lucha:

«1.^a Pureza de la doctrina cristiana como resplandece en el Nuevo Testamento, exclusión hecha de lo añadido por los concilios, bulas pontificias, decretos y encíclicas.

«2.^a Separación é independencia de la Iglesia y el Estado.

«3.^a Elección por sufragio universal para los cargos eclesiásticos.

«4.^a Abolición de la lengua latina en los cultos; abolición del celibato forzoso de los clérigos, y abolición de toda tarifa en la administración de sacramentos y servicios eclesiásticos.

«5.^a La Iglesia se gobernará por sí misma, celebrando al efecto asambleas periódicas ó concilios.»

A la verdad, estas reformas tienen mucho contacto con las que se pidieron el 5 de Agosto en la Asamblea de Viena, y bien puede sostenerse hoy que el espíritu de doctrina que pide la *Iglesia española* está sacado de la del doctor Doellinger, que ya dimos á conocer en otro capítulo.

II

Iniciada de esta manera la reforma en Es-

paña, pronto tuvo efectos el anterior programa, y los presbíteros D. Antonio Barroso, don Juan Claramonte y Hernández, D. Félix Ponce de León, y otros muchos se agrupaban al lado del padre Aguayo y formaban un núcleo poderoso que es ya temido y con razón sobrada por el jositismo. Pero el que más pudo secundar estos elementos reformistas fué el presbítero D. Juan García Mora, quién desde su iglesia de Villanueva de la Vera, allá en un rincón de la provincia de Cáceres, se separaba también de Roma, para establecer otra iglesia llamada *Española*, que en nada se parece á la de Roma y que mucho tiene de las primitivas doctrinas evangélicas, como puede verse por el programa siguiente que es su mejor fundamento.

Hélo aquí:

«1.^o El ministerio sacerdotal se ejerce gratis en esta iglesia conforme lo hicieron y mandaron Jesucristo y los apóstoles.

«2.^o En su virtud quedan abolidos los derechos llamados de *estola y pie de altar* en la *Iglesia cristiana liberal* de Villanueva de la Vera.

«3.^o No obstante, los sacerdotes de la *Iglesia cristiana liberal* de Villanueva de la Vera y de cualquiera otros puntos donde pudiera establecerse, estarán vigilantes y prontos de día y de noche á administrar los santos sacramentos á sus hermanos, los fieles de esta *Iglesia cristiana liberal*.

«4.^o La *Iglesia cristiana liberal* cree en Dios Padre Hijo y Espíritu Santo; en el misterio de la Santísima Trinidad y Encarnación; en la Virgen Purísima que continuará siendo su celestial patrona y abogada; en los santos sacramentos, y en fin en todo cuanto Nuestro Señor Jesucristo y los apóstoles enseñaron, ordenaron y mandaron.

«5.^o En su virtud; la *Iglesia cristiana liberal* de Villanueva de la Vera, y de otros puntos donde pueda establecerse rendirá culto á Dios, á la Purísima Virgen y á los santos, con el decoro que la permitan sus recursos.

«6.^o Los sacerdotes de la *Iglesia cristiana liberal* tampoco podrán recibir sueldo alguno del Estado, aun cuando llegara á efrecerseles.

«7.^o Los mismos sacerdotes tendrán un cuidado especial de los pobres y desvalidos como le tuvieran, y mandaron se tuviera el divino fundador Jesús y los apóstoles; intercediendo ante las autoridades locales para que se les ampare y socorra en la parte que ellos no puedan hacerlo por sí.

«8.^o La *Iglesia cristiana liberal* obedeciendo al espíritu y á la letra de las palabras de Jesús cuando creó la oración dominical, prescribe pocas devociones, pero bien hechas, y muchas buenas obras que tan aceptas son á los ojos divinos.

«9.^o También recomienda el santo rosario á nuestra Señora, patrona general de España, y particular de esta *Iglesia cristiana liberal* de Villanueva de la Vera.

«10. La *Iglesia cristiana liberal* prohíbe todo petitorio y ofertorio de las funciones de *tabla*, pues estas las celebran gratis los sacerdotes, como se ha dicho anteriormente.

«11. Tampoco aprueba la *Iglesia cristiana liberal* ese *sacrilego comercio* de las bulas; y recomienda á los fieles que si no se les habilita de ellas gratis, como debieran darse, inviertan el importe en limosnas á pobres infelices; lo cual es mucho mas agradable á los ojos de Dios, y se gana más con ello para la vida eterna.

«12. Como se ha dicho, los sacerdotes de la *Iglesia cristiana liberal*, no percibirán ni un céntimo por ejercer su ministerio, manteniéndose sólo de su patrimonio, ó de una industria honesta lícita, como hacían los santos apóstoles.

«13. Tampoco podrán ser sacerdotes de la *Iglesia cristiana liberal* los que no sean de buena vida y costumbres, y presenten buenos antecedentes religioso-políticos.

«14. Los sacerdotes de la *Iglesia cristiana liberal* son en un todo iguales á los demás fieles en cuanto á rango y consideración social, y se titularán los hermanos directores en con-

formidad con las obras y doctrinas de Jesucristo y los apóstoles.»

La Iglesia cristiana liberal del párroco de Villanueva de la Vera, en Cáceres, pudo reunir en muy poco tiempo gran número de adeptos, y por lo evangélica y humilde que se presenta en su institución, ofrece progresar muy rápidamente.

III

Rota ya la unidad católica en España, iniciado una vez el movimiento reformista por hombres tan ilustrados como Tristán Medina y tan perseverantes como el padre Aguayo, la iglesia anglicana no tardó en abrirse paso en nuestro pueblo, hasta el punto que en 1871 tenía España 97 capillas evangélicas y 32 escuelas regentadas por los pastores protestantes; unas y otras distribuidas en Madrid, Barcelona, Cadiz, Sevilla, Granada, Canarias, Baleares, Valencia y Zaragoza (1). También en la Mancha, y con especialidad en la católica provincia de Toledo, residencia del arzobispo primado de España, va echando hondas raíces el protestantismo con su pureza evangélica.

He aquí lo que cuenta á propósito de esto *La Luz*, órgano de la escuela reformista en España:

«Ya es un hecho positivo que el pueblo de Camuñas, provincia de Toledo, ha abrazado en masa el Evangelio, y se nos asegura que su Ayuntamiento, apoyado por los principales contribuyentes, pedirá al gobierno el edificio católico de aquel lugar para establecer en él el culto religioso, según sus creencias. El presbítero Sr. Astray, que ha hecho tan importante conversión, se encuentra en Madrid arreglando sus asuntos personales para regresar al pueblo donde tan bien ha sido recibido, y donde espera fijar su residencia. Otros pueblos vecinos se disponen á seguir el ejemplo de Camuñas.»

Coincide con la publicación de las anteriores líneas la inauguración de otro templo reformista en Cadiz, y á cuyo suceso dedicó *La Soberanía Nacional*, diario de aquella capital, las siguientes líneas:

«Asistimos en la noche del domingo anterior á la apertura de la nueva Iglesia libre denominada «Iglesia católica española» de esta ciudad, y no podemos menos, aunque ajenos á tratar en nuestro periódico cuestiones religiosas, de dar á conocer á nuestros lectores la numerosa concurrencia que se encontraba en aquel local, escuchando las elocuentes palabras del Dr. Escudero, el que ha regresado á esta ciudad para continuar su propaganda. La expresada iglesia promete resultados brillantes por tener al frente un pastor de tanta reputación, como es el joven Dr. Escudero, y á más porque ha llegado también á nuestra noticia que ha sido mandado llamar por más de dos mil firmas, y que la expresada iglesia es sostenida por sus miembros en esta ciudad, como igualmente su pastor, el que hoy no recibe estipendio, ni emolumento alguno por ninguna sociedad bíblica extranjera, siendo quizá mucho más acreedor que otros pastores, por sus conocimientos teológicos y por su ciencia y virtud.

«El recogimiento y verdadera devoción

(1) Indudablemente se debe gran parte de este progreso á la sociedad bíblica de Londres, que extiende su poderosa propaganda á todas las naciones del mundo, que hasta á las exposiciones se presenta con sus ediciones.

Aunque no tan lujosa como la instalación que hiciera en la exposición de 1867, es muy notable la instalación que ha hecho la sociedad bíblica, británica y extranjera en la de 1878, de sus Biblias en francés, inglés, alemán, holandés, danés, italiano, español, ruso, turco, y para decirlo de una vez, en unas 120 lenguas y dialectos, incluso el gitano.

Como curiosidad merece saberse que la sociedad se fundó en 1805, gastando 17.407 francos 70 céntimos en repartir 8.000 ejemplares, y que en 1876 gastó 5.310.216 francos 10 céntimos en repartir 2.570.742 ejemplares, y en 1877, 5.746.647 francos 60 céntimos en distribuir 2.493.592; para completar esta noticia, consignaremos el número de ejemplares distribuidos en 1877, que es como sigue: en Francia, 91.438; en Alemania, 332.165; en Austria, 233.136; en Italia, 50.671; en España, 67.251; en Rusia, 397.229; en Turquía, 32.580; en China, 30.693.

La infatigable sociedad ha llevado la Biblia al teatro de la guerra ruso-turca, repartiendo 160.012 ejemplares en los campos de batalla, las cárceles presidios y hospitales.

que reinaban en aquel recinto nos ha impulsado á tributarle un merecido elogio, y nos alegráramos por nuestra parte, como verdaderos amantes de la libertad de cultos, de que existieran en esta ciudad tantas iglesias, como iglesias católicas-romanas existían en la misma.

«Allí observamos personas muy respetables de esta localidad tanto de humilde como elevada posición, y entre ellas varios escritores de reconocido crédito, los cuales aunque de distintas ideas religiosas, imparciales, elogiaban los vastos y profundos conocimientos del Dr. Escudero, que no descendió ni aun embosadamente á herir personalidades, como lo han hecho algunos de los otros, aunque de tal modo fundándose en los textos bíblicos que legalmente sería imposible dirigirles cargo alguno porque no se les podría probar, pero si moralmente han dejado evidenciadas ciertas á determinadas personas, aunque desde luego no hayan indicado sus nombres.

«Continúe el Sr. Escudero la difícil tarea que ha emprendido, y estricta va á tener por adversarios, no sólo á los de distinta creencia, sino á algunos de sus correligionarios, mas si se limita única y exclusivamente á predicar el Evangelio, haciendo completamente omisión de cuestiones políticas y no increpa con calificativos desusados á los demás sistemas religiosos, encontrará sin ningún género de duda un decidido apoyo, no sólo en los partidarios de sus creencias, sino en aquellos hombres verdaderamente libres que aman la verdad y la justicia, y que en todos sus actos demuestran bien claro su imparcialidad y rectitud de conciencia.»

Tal es, por lo que toca á España, el estado actual de la reforma.

Bien claramente revelan las citas que dejamos apuntadas la honda división que aquí, como en todas partes, se deja sentir en los hombres de la religión católica.

Pero si estas divisiones surgen también en España, nuestros obispos, en cambio, permanecen fieles al lado del Papa común de los fieles romanos.

Y todos han votado la infalibilidad.

¡Qué vergüenza!

Otros tiempos muy distintos eran para nosotros los del Concilio de Trento.

NICOLÁS DÍAZ PÉREZ.

UNA HISTORIA EN DOS CUADROS

I

Rafael Montalvo era pintor.

La casualidad, madre providencial de los genios, le había escogido como uno de tantos hijos del arte que, buscando los almos laureles de la gloria, alcanzan las más de las veces la palma del martirio. La existencia tiene sus pasos malos y sus pasos buenos, y uno de éstos, cuando Rafael empezaba á subir la cuesta de la vida, hizole tropezar con un artista famoso, que pronto conoció el tesoro encerrado en el artista sin fama. Tengo para mí que en el templo de la gloria penétrase por la puerta del egoísmo, porque el mortal que atraviesa sus umbrales, guiado por la veleidosa fortuna, se olvida del misero que al pie de la pendiente cae al dar el primer paso y al que pudiera conducir con sólo alargarle una mano. Por suerte para Rafael, no era de esta especie el hombre que Dios había puesto en su camino, verdadero hijo del arte, que tendió sus brazos al joven con la paternal solicitud con que el vigoroso roble acoge á la yedra que rodea su tronco para escalar la altura.

Perdido había Rafael sus padres en edad temprana, por lo que muy mal lo hubiera pasado el pobre huérfano, á no contar con la cariñosa solicitud de su nodriza que compartió con él su corazón y su pobreza. El niño aprendió á leer y escribir en poco tiempo, y cuando el maestro del pueblo donde la nodriza vivía participó á ésta tales adelantos, la dijo también que el chico veía su mayor placer en pintarrajear á escondidas todas las mesas. Anduvo el tiempo, y habiendo ido al pueblo por yo no sé

qué circunstancias, un pintor de nombradía, pronto tuvo ocasión de observar las elucubraciones pictóricas del chicuelo.

Un día que Rafael bosquejó con carbón en una pared un arriero, aunque sobrado defectuoso, para la edad y falta de cultura del autor excesivamente propio, vió el dibujo el pintor aludido, y admirado ante la facilidad de ejecución de aquel tosco trazo, habló con la nodriza y la preguntó de quién era el arriero en la pared trazado.

—¿Ese monigote?—contestó la mujer—de Rafael.

—¿Sancio?—añadió sonriendo el pintor—á quien no pudo ménos de chocar tal coincidencia en nombre y aptitud con el inmortal autor del *Milagro de Bolsena*.

Desde aquella ocasión, el pintor empezó á dar lecciones al chico, estableciéndose entre ambos más que la poderosa simpatía que la ciencia engendra entre el profesor y el discípulo, la pura ternura que el arte origina entre los que sienten igualmente la belleza. Pasaron los años, murió el ama de Rafael, y ya no quedó en el mundo al joven sino su protector, que lejos de abandonarlo, siguió cultivando aquella rica fantasía convirtiendo al negro y tosco carbón en resplandeciente y purísimo diamante. Rafael asistió dos cursos á la Academia de San Fernando, emprendió después un viaje estudiando por todas partes las obras clásicas de la antigüedad y los modelos del Renacimiento italiano y pronto el novel émulo de Apeles demostró su inspiración y su talento en numerosas copias, que merecieron los plácemes del viejo maestro.

Por aquel entonces murió éste y el pintor, que para no faltarle ninguna de las condiciones del verdadero artista era pobre, sólo dejó á su protegido algunos cuadros, abundante cosecha de preceptos en el arte y un legado en metálico modesto. Encontróse, pues, Rafael solo y entregado á sus fuerzas, y como bajel naufrago que en alta mar perdido va y viene juguete de las olas, el joven, con cuartos frescos, sin obligaciones parentorias y rodeado de amigos alegres y ligeros, dejóse arrastrar por ellos en la senda de los placeres, bordada de flores, pero al fin de la cual brotan más punzantes que nunca las espinas. Rafael, andaluz, genio verdaderamente meridional, vivía en el hoy, siendo para él un sueño el pasado y una quimera el porvenir; incapaces ambos, el uno con sus recuerdos y el otro con sus esperanzas, de calentar la cabeza á un estoico tan recalciante como nuestro artista. Liberal hasta ser disipador humorístico con sus ribetes de filósofo excéptico, aturdido como Falstaff, inmortalizado por Shaskepeare, era el primero el joven en acudir á una broma pesada ó sin peso y el último en retirarse.

Sin embargo, no había abandonado su trabajo Rafael, cosa rara á su edad, y no teniendo que dar cuenta á ningún nacido de los actos plausibles ó censurables que ejecutara. Pintaba con verdadera fe un cuadro que, al decir de los amigos y compañeros de profesión, le valdría el aplauso universal de cuantos lo contemplasen, habiendo imaginado el artista el asunto más tierno que imaginar se puede. ¿Qué concepción más hermosa y delicada, qué idilio tan tierno é interesante, como la alegría de una madre al encontrar al hijo que acaso juzgara muerto? Representaba el cuadro el hallazgo por María del Niño Jesús platicando con los doctores.

Prodigio era el tal lienzo de habilidad é inspiración, y no se sabía si admirar más la perfección del dibujo ó el vigor del colorido. La Virgen, con las manos cruzadas en acción de gracias, el rostro iluminado de dulce júbilo, la mirada encendida con inefable contento, ostentaba la pureza celestial de las Concepciones de Murillo. El niño Jesús, grave en su poca edad, severo en medio de su proverbial dulzura, en actitud reflexiva en el momento en que sobre él descende la inspiración divina, era una figura que, por la suavidad de líneas, hubiera entusiasmado á Correggio. Los doctores, atónitos y sin voz ante una revelación nueva, ante una luz desconocida retratando los

semblantes, la lucha entre la inteligencia convencida y el orgullo que no quiere dejarse vencer, estaban admirablemente sorprendidos y tocados con la valentía de Rembrandt. En todo el conjunto resplandecía el atrevimiento majestuoso del águila inmortal del Vaticano.

Rafael cifraba en aquella obra todas sus esperanzas, que como era de esperar no se vieron defraudadas. Efectuóse la exposición del año 186... y el lienzo despertó la atención general y obtuvo uno de los primeros premios. Pero desde la misma época que Rafael fué conocido universalmente dejaron de conocerle sus amigos.

El Lovelace de otros tiempos trocóse en casto y desabrido, como anacoreta octogenario; el disipador locuaz é irreflexivo cedió su puesto al hombre triste y taciturno; Falstaff calavera vino á convertirse en Jerónimo ascético. Pero no se retiró como éste á un desierto, sino que se entregó al mundo, aunque de distinto modo, con igual furor que antes. Presentado en la sociedad elegante, no se celebró baile alguno á que no concurriese, ni velada en que no se encontrase. Recorría todos los teatros en una misma noche, todos los templos en un solo día; pero con la inexplicable circunstancia de que en el gabinete aristocrático, en la sala del teatro, en el recinto de la iglesia, no se detenía Rafael más que el tiempo preciso para investigar detalladamente la concurrencia, como si en ella buscase á alguien *ad hoc*, no prestando la menor atención al espectáculo, la menos posible á la señora de la casa, la indispensable á las ceremonias religiosas. Con mirada anhelante se fijaba en los transeúntes, y más de una vez, misteriosa enlutada ó lejána elegante dama, llamaron la atención de Rafael que hacia ellas corría con la esperanza de encontrar lo que buscaba. Huyó de los amigos, y cuando alguno le echaba la vista encima, saludábale con lluvia de chanzonetas y epigramas, las más de las veces, no ingeniosos, sino punzantes en demasía.

—Adios, romántico jazmín—le decían.—¿Andas buscando el gótico torreón por do trepar al calado ventanaje?

O bien:

—¡Hola, D. Juan! ¿Te has enamorado de la sombra de alguna doña Inés?

—Rafael, ¿y tu Fornafina? ¿Por qué no nos la enseñas?

—Mira el hipócrita Fausto; ¿quién será la inocente Margarita?

A las veces solía contestar Rafael con una sonrisa de compasión á los más amigos, y con un gesto de desdén á los simplemente conocidos, condoliéndose de aquella juventud materialista, cinica y descreída, hija del siglo actual, juventud digna de lástima porque no acierta á distinguir el apetito brutal de la ternura del amor, como si pudiera confundirse nunca el olor de las malas hierbas con el aroma de la rosa. Después de un largo viaje por España y el extranjero, volvió Rafael más misántropo y taciturno que nunca, acabando por ser para sus amigos viviente enigma impenetrable como el sepulcro y misterioso como la idea de Dios.

II

La exposición del año 186... estaba abierta.

Habíanse presentado multitud de cuadros, entre los cuales descollaba el de Rafael, como un diamante en diadema de perlas. Un día que paseaba por las salas de la Exposición curioseando entre la muchedumbre, oyó el artista á su lado una voz fresca y juvenil que decía:

—Mira papá, qué hermoso cuadro es este de la Virgen cuando encuentra al Niño perdido...

Volvió la cabeza Rafael y vió parados ante su cuadro y contemplándole, anciano de noble aspecto y tímida virgen en los primeros albores de su juventud.

Absorto quedó el pintor ante la hermosura de la joven, divino más que humano portento. Nunca el artista de inspiración más rica forjó en su fantasía imagen tan ideal y poética como la de aquella niña, que por las líneas purísimas de su rostro, dulce y melancólico, hubiera podido servir de modelo á la Niobe de Scopas,

y hacen de su ley capricho,
cuando todo un Dios ha dicho
que todos somos hermanos?

—
La ruina del despotismo
es indudable, segura:
nada el naufragio conjura,
sucumbe el catolicismo.
¿No veis al Progreso mismo
marchar sin interrupción?
¿No veis su fiel expresión
que avanza por el carril
como un inmenso reptil
y penetra en la estación?

—
¿No veis que la santa idea
propaga su roja luz?
¿No veis del pueblo la cruz,
dónde va lo que desea?
¿No veis crecer la marea?
El Progreso, victorioso
marcará un hecho glorioso
en este duelo traidor.
Siendo su heraldo *el vapor*,
¿quién rechazará al coloso?

—
Lleguemos á una estación.
Pasajeros... mercancías...
cuentan los mejores días
de esta civilización.
Es la manifestación
del Progreso; allí se cita:
Allí el pensador medita
secretos que el mundo ignora;
allí *la locomotora*
el comercio resucita.

—
Aquí están los almacenes
con frutos de otras regiones,
que van á extrañas naciones
en acelerados trenes.
Tanta profusión de bienes,
tanto y tanto cargamento
para solaz ó sustento
de la triste humanidad,
presentan la realidad
como ilusión del momento.

—
Atento el puerto inspeccionas.
Un buque se balancea,
y las ondas que golpea
retratan sus blancas lonas.
Parte, y en lejanas zonas
nuestros productos realiza:
allí el hombre fraterniza
borrando el antiguo encono,
y al siglo décimo nono
el Progreso diviniza.

.....
Si la humanidad avanza:
camina con rumbo incierto,
pero la conduce al puerto
el faro de la esperanza.
Si hoy el ideal no alcanza
tendrá el Progreso su hora;
la doctrina redentora
realizará tal conquista;
su mejor propagandista
será *LA LOCOMOTORA*.

J. A. SIERRA.

LA CUERDA DE CAÑAMO

Novela original

(Continuacion.)

Tal era su situación de ánimo, cuando el golpe de la puerta de su gabinete, al cerrarse violentamente, le anunció la presencia de su bulliciosa amiga Clarita Mendoza, que corrió hacia ella y, estrechándola entre sus brazos, empezó á besarla con loco frenesí, diciéndola entre beso y beso:

—¿Pero qué es de ti, mujer? No se te ve en ninguna parte. Vengo á ver si eres muerta ó viva. Ni en el Real, donde han cantado una *Lucía* primorosa; ni en casa de Montes Claros, que ha dado un baile, magnífico por cierto; ni en la Castellana... Vamos, lo que digo, en ninguna parte. ¿Has hecho profesion de monja? Pues aquí

vengo á romper tu clausura. Ahora mismo te vistes y nos vamos á paseo; la honorable y respetabilísima Mis Hight nos acompañará.

La sempiterna vivacidad y alegre charla de Clarita tenían siempre el privilegio de ahuyentar pensamientos tristes y melancolias del ánimo de Isabel; pero aquel día la inesperada venida de aquella loquilla la contrarió extraordinariamente. Había mandado preparar el coche, estaba avisada el aya para que la acompañase al estudio de Jaime, y ella misma iba á vestirse en aquel momento.

—Clarita, lo siento, pero no salgo. Me duele mucho la cabeza.

—¿Tienes jaqueca? Pues con el aire libre se te quitará. Pero no seas páfida, ¡si ibas á salir! Juana me lo ha dicho... Sé que has mandado que pongan el coche y que Mis Hight se está vistiendo ya... ¿O es que estorbo?

—No, por Dios; ¿qué me has de estorbar tú?

—Pues mira, cualquiera lo diría. Oiga usted, Juana,—dijo á la doncella de Isabel que entraba para vestirla,—déjelo V. todo ahí. Te serviré de doncella, Isabel... digo, si tu quieres.

—Bueno, hija, si te empeñas...

Juana se retiró, y Clarita se quitó el abrigo, los guantes y el sombrero para empezar su voluntaria misión de improvisada doncella de labor.

—En tu vida has tenido una doncella más hábil que yo. Ya verás, ya verás que guapa te pongo. Pero chica, ¡qué desmejorada y qué palida estás! ¿Qué te pasa? ¿Estás mala de veras?

—No, Clarita,—le contestó Isabel esforzándose por sonreír.

—Lo dices de un modo... ¡Isabel, tú estás enamorada!

—¿Yo? ¡Qué locura!—se apresuró á replicar Isabel, al mismo tiempo que con un suspiro traidor desmentía sus palabras.

—Vaya, no me lo niegues. ¿Te hago daño? Aquí un alfiler... Ya está. ¿Por qué suspiras sino? ¿Y de quién? ¡Jesús que holgado te está el vestido! ¿No confías ya tus secretos á tu amiga del alma? ¿Crees que lo voy á decir? No temas, ya sabes que aunque algo parlanchina, cuando llega el caso soy muy reservada.

—¿Si no tengo nada que decirte! Te digo que ves visiones.

—¿Ni por esas! ¿Sabes que no atino quién pueda ser el feliz mortal...? ¿Porque Rianza no será?

—¿Jesús, mujer!—exclamó Isabel.

—Ya me figuraba que no tendrías tan mal gusto. ¡Pobre Marqués! ¿Vas de velo? ¿Estás así bien? Y él, que se va jactando por ahí de que no tardará en obtener tu blanca mano. ¡Cómo me voy á reír de él! ¡Me río ya!—Y efectivamente, se echó á reír á carcajadas.

—Con que vamos, ya estás vestida. Ahora dime con franqueza á dónde ibas y te acompañaré... ¡sino incomodo!

—Pues bien; están concluyendo mi retrato é iba...

—¿Ah, nécia de mí! ¡Y no se me había ocurrido!—la interrumpió Clarita, dándose una palmada en la frente.—¿Con que enamorada de Jaime? ¿De un hombre que dice *nesesidat*, degüella las *as* y saluda diciendo: *bones dies tinga*? ¿De un hombre que, segun dicen, no quisiera agraviarle, es hijo de una payesa de Cataluña? ¿A que estás más leca que yo!

—Mira lo que dices, Clarita. Jaime Valls tiene esos defectos de pronunciaci6n, comunes á todos los catalanes, hasta á los más ilustrados. El será hijo de quien fuere; pero ten por cierto que es más caballero en su porte que muchos que llevan apellidos nobiliarios, y en cuanto á nobleza de sentimientos, les gana á todos;—dijo con tanto calor Isabel que no se dió cuenta de que vendía su secreto sin querer.

—¿Por Dios, Isabel, no lo encomies tanto, porque voy á enamorarme de él! Ya sabes que no me disgusta... Y entonces seremos dos. ¡Y lo que es tú, celosa debes ser temible!

—No te bromees, Clarita, yo te lo ruego;—dijo tristemente Isabel.

—Perdona, hija. Pero ¿quién se iba á figurar? ¿Y cómo ha sido?

—¡Lo sé yo acaso! No me doy cuenta de lo que me sucede; pero ni vivo ni sosiego.

—¿Y él?

—Me ama, estoy segura de ello.

—¿Pero se te ha declarado?

—No, no se atreve el pobre.

—Pues entonces, ¿cómo lo sabes?

—Sus ojos me lo dicen á todas horas.

—¿Y qué vas á hacer? Porque entrar en relaciones con él, ni lo pensarás siquiera. Tus abuelos se opondrían, y con razon; hay que confesarlo.

—No sé si haria bien ó mal; pero si él se atreviera á declararme su amor, no tendria valor para rechazarlo.

Entretanto gomoso insoportable como me asedia todos los dias con sus ridiculos galanteos, él es el único hombre que he encontrado. ¡Renunciar á su amor seria un sacrificio superior á mis fuerzas! ¡Y decir que hoy será probablemente el último dia que le vea!

Isabel, al confiar por primera vez á una persona amiga sus más ocultos pensamientos, al dar rienda suelta á su mal disimulada pasion, lloraba. Clarita, la en apariencia frívola Clarita, lloraba tambien.

—¡Pobre Isabel! Te compadezco. Pero si le amas y crees que sin su amor no puedes ser feliz, ¿por qué no atropellas por todo?—preguntó.

—¡Ay, Clara! Se dice eso muy bien, pero ¿cómo hacerlo? ¿Acaso lo harías tú viéndote en mi lugar?

—Isabel, voy á ir contigo al estudio de Jaime. Se lo diré á la Duquesa que en este momento viene aquí.

—Oianse, en efecto, los golpes sordos que en la alfombra daba con su baston la anciana señora, al apoyarse en él para andar.

—¿Estás tú aquí, picarilla?—dijo al entrar á Clara, besándola en la frente.—¿Cuánto me alegro! ¡A ver si con tu buen humor de siempre distraes á esta criatura, que nos tiene muertos con esa pasion de ánimo que la ha entrado ahora, sin que sepamos por qué!

—Es aprension de V., mamá,—dijo Isabel, poniéndose los guantes.

—¿Aprension? Dilo tú, Clarita, ¿no ves lo páfida y triste que está?

—Si que la encuentro algo triste; pero no se apure V., Duquesa, que antes de tres dias la ha de ver V. alegre como unas Pascuas,—contestó Clarita.

—¡Dios lo haga! ¡Dios lo haga! ¡Ojalá que tu bendita alegría influya en el ánimo de tu amiga!—exclamó la Duquesa.

—Vaya si saldré con la mia,—dijo alegrememente Clarita.—Soy una hada que cuenta con maravillosos recursos, y voy á hacer uso de mi varita de virtudes en obsequio de Isabel. Por de pronto, desde este instante no la dejo á sol ni sombra. Iba á salir al estudio de ese pintor que la está retratando; pues me voy con ella y con Mis Hight, es decir, si á V. no le parece mal. Así como así, tengo muchos deseos de ver su retrato.

—Si, hija, vete con ellas. Y lo que es el retrato te gustará. Segun el Duque, es una verdadera maravilla y de un parecido asombroso.

Entró en esto Mis Hight con un eterno sombrero de castor y abrigo de *tricot*. Las dos amigas se despidieron de la Duquesa, y en el coche que les esperaba al pié de la escalera, fueron acompañadas del aya á casa de Jaime.

III

—Parece que á mi señor don Jaime no le hace mucha gracia mi presencia,—dijo Clarita en voz baja á Isabel.—¿Qué cara de vinagre ha puesto!

Así era en efecto; Jaime no habia podido disimular su contrariedad al ver á la jóven.

—V. dirá que soy inoportuna en venir,—dijo Clarita, despues de los saludos de rigor.—A ustedes los pintores no les gusta que vean sus obras sin concluir. Pero tantas ganas tenia de ver el retrato de mi amiga, que no me ha sido posible vencer mi curiosidad.

—Señorita, es V. muy dueña...—replicó Jaime.

—Pero ¡qué bien!—exclamó Clarita interrumpiéndole al ver el retrato. ¿Si parece que estás hablando, Isabel. Y qué es lo que falta, porque yo no lo noto...

—Esta mano y algo del vestido,—contestó Jaime.—Si á V. le parece, señorita,—dijo á Isabel.

—Ahora mismo,—replicó esta. Y obedeciendo las indicaciones de Jaime, se puso en la actitud en que estaba retratándose. Jaime cogió los pinceles y la paleta y puso manos á la obra. Mis Hight se sentó en la butaca, sacó del bolsillo su labor de *crochet*, y á los pocos minutos roncaba. Clarita, tan pronto sentada como en pié, dió un vistazo á cuantos objetos habia en el estudio. Todos callaban.

—No sabia que era tan aburrido el retratarse,—dijo Clarita disimulando con la mano puesta en la boca un bostezo.—Lo que es yo prometo no hacerlo más que de fotografia.

—¿Y seria V. tan amable que me dijera por qué?—preguntó Jaime.

—Porque siquiera es más breve. Lo que es yo no tendria paciencia para estar ahí de pié, dias y más dias, hecha un pasmarote sin hablar pala-

bra. Me figuraba que entretendrían ustedes al que retratan, dándole conversacion que por fuerza habia de ser muy amena, haciendo ustedes una vida tan llena de vicisitudes y tan distinta del vulgo de las gentes.

—Pues no lo crea V. Nuestra vida, la mía al menos, es una vida de privaciones mientras no tenemos la suerte de conseguir algun nombre.

—Pero Valls, tan monótona ha sido la de usted que ni siquiera se ha enamorado V. alguna vez,—dijo Clarita con su encantadora é indiscreta volubilidad de siempre.

Jaime suspiró.

Isabel, al oír á su amiga, sintió que toda su sangre fluía al corazón y se llevó la mano al pecho, y suspiró también.

—¿Hay eco en esta habitacion?—preguntó con fingida candidez Clarita.—O es que ha contestado á alguien al suspiro de V.? ¿Habrá sido Mis Hight? Pero no... Acaso algun ronquido. Usted dirá que soy muy indiscreta; pero ese suspiro que no ha podido V. reprimir, algo significa. ¿Una pasion contrariada?

—¡Tal vez!—respondió Jaime con amargura. Isabel estaba en brasas.

—¡Contrariada! ¿y por qué? ¿Acaso ella ama á otro?—preguntó Clarita.

—Creo que no,—replicó Jaime mirando á Isabel, que aunque tenía los ojos en el suelo no dejó de ver la mirada del pintor.

—Pues entonces, no comprendo. Que las mujeres seamos tímidas, es natural. Aunque no lo seamos, la sociedad nos obliga á aparentar que lo somos. ¡Pero los hombres... que tienen ustedes carta blanca para todo...!

—A veces median distancias infranqueables,—repuso Jaime.

—¡Ah! ¡Vamos! Ya caigo. V. ama á una señorita de elevada clase. ¿Y qué? V. con su talento puede aspirar á todo. Además,—continuó diciendo Clarita con menos precipitacion y subrayando sus palabras—¿qué sabe V. si ella corresponde su pasion? Por decoro no se lo va á decir á V. ella misma. Y en todo caso, aunque así no fuera, á las mujeres siempre nos satisface agrandar, y agradecemos mucho que se nos diga.

Al escuchar alusiones tan directas, Jaime volvió la cabeza y sorprendió á Isabel en el momento en que dirigía una mirada de reconvenccion y enojo, y hacia señas de que se callara á su amiga que se sonreía maliciosamente. La confusión de las dos jóvenes al verse sorprendidas por Jaime, fué grande; pero Clarita se repuso pronto, y al ver que el pintor dejaba sobre una silla la paleta y los pinceles, le preguntó:

—¿Qué? ¿Ha concluido V.?

—Sí, señorita.

—El retrato es magnífico. Bien puedes decir Isabel que Valls te ha retratado con amor,—dijo Clarita.

Fué preciso despertar al aya. Mientras se arreglaba su descompuesta *toilette* la honorable Mis Hight, Jaime, con los ojos fijos en Isabel, que bajó los suyos ruborosa y confusa, la dijo á media voz:

—Adios, señorita. Tal vez nos vemos por última vez, pero el recuerdo de estos dias será eterno para mí.

Isabel, por toda contestacion apretó dulcemente la mano de Jaime, que estrechaba la suya. Clarita se acercó á la enamorada pareja.

—Si te parece, Isabel, daremos una vuelta por la Castellana. Todavía es temprano,—dijo. Y dirigiéndose á Jaime, añadió:—¿Y V. no sale á dar un paseito?

Una hora despues, al dar la vuelta al obelisco de la Castellana el coche en que iban Mis Hight, Isabel y Clarita, desde la calle de árboles inmediata, un apuesto joven las saludaba descubriéndose respetuosamente. Era Jaime.

IV

Como un áscua resplandecía el palacio de los Duques de Campoverde, tal era la profusion de luces que iluminaban el anchuroso portal y sus ricas molduras, la grandiosa escalera y su antiguo y artístico artesonado, y los magníficos salones con sus ricos tapices, estatuas de bronce y mármol, grandes lunas de Venecia y espléndido y moderno mobiliario. Desde el zaguan al vestíbulo, los servidores de tan ilustre casa situados á ambos lados de la escalera, en fila con las macecitas de flores, guardaban en su aspecto esa estúpida gravedad de lacayos que cumplen con su importante misión en dias de ceremonia, de ser pretextos vivientes para la ostentacion de grandes casacones galoneados de oro é inmensas pelucas empolvadas.

A la puerta de la calle, en apiñado grupo se agolpaban los curiosos para ver en cuanto lo permitian los abrigos en que venían envueltas,

los trajes de las damas que se apeaban de los carruajes. Tantos eran estos, que el ruido de las portezuelas, al ser cerradas por los lacayos, semejaba un incesante fuego graneado. Los ancianos Duques solemnizaban el cumpleaños de su querida nieta con un espléndido baile.

A las dos de la mañana con dificultad podían abrirse paso en los salones por entre el «todo Madrid» de los revisteros, las parejas que bailaban á los ecos armoniosos de afinada orquesta, que ejecutaba walses de Strauss y tandas de rigodones de Offembach, oculta en un bosquecillo improvisado con plantas exóticas y de invierno en el pequeño escenario en que de vez en cuando, nobles aficionados al arte de Talía, solían representar proverbios franceses y alguna que otra piecicita en español.

Todos los concurrentes se hacían lenguas del esplendor de la fiesta, última que se daría en los salones de Campoverde, de ser cierto lo que se aseguraba por los que presumían de enterados; estaba concertado entre los Duques y la Marquesa viuda de Rianza el enlace de Isabelita con el Marquesito. Como nadie ignoraba las relaciones de la presunta novia con el pintor Valls, preguntábanse todos si Isabelita se prestaría gustosa á los deseos de sus abuelos, ó si persistiría en unos amores que tan poco la favorecían en el concepto de las personas de su clase. Este era el tema de las conversaciones en todos los grupos.

—Creo que no llegará á dar ese escándalo,—decía una distinguida Condesa, conocida por sus cabrichos, á quien un popular matador de toros habia brindado más de uno en el circo taurino al ir á darle muerte, y que ahora era entusiasta admiradora de un famoso cantante del Real.—Yo nunca tuve por el Conde uno de esos amores románticos que pintan en las novelas, ni mucho menos, y sin embargo, no vacilé en darle mi mano á la primera indicacion de mis papás, porque era una persona de mi clase y que podia sostener con el decoro debido el lustre de su apellido y el del mio.

—Esa debia ser su conducta si reflexionara; pero esa niña sabe V. que es muy extrafalaria, y tengo para mí que va á dar un espectáculo como el que dió su mamá. ¿Se acuerda usted?—dijo la Duquesa del Lirio.

—¡Oh, por Dios! ¡eso seria el colmo!—exclamó la Marquesa de Tablallana, hermosa matrona que distinguía mucho á uno de los ayudantes de su marido, general que habia desempeñado importantes mandos militares.—¡Esos espectáculos en que se hace intervenir al juzgado, y esos depósitos pueden pasar en señoritas de la clase media ó muchachas del pueblo; pero en la noble heredera de los Campoverdes...!

—Mire V., mire V. Allí está él,—la interrumpió la Duquesa llamando la atencion de sus amigas hacia un ángulo del salon en que, confundido entre los que veían bailar un rigodon, se hallaba Jaime Valls vestido con la más exquisita elegancia.

—¡No se puede negar que es un buen mozo y que tiene un aspecto distinguidísimo!—observó la Condesa.

—Habrá V. notado—dijo la de Tablallana—que eso es muy frecuente en los artistas, aunque procedan de la clase más humilde del pueblo.

—Y también en los militares,—se apresuró á contestar la Baronesa, recogiendo la intencionada alusion de la Marquesa.

—Observen ustedes qué aspecto tan sombrío tiene—dijo la Duquesa.—Parece un Otello con frac y corbata blanca. ¿Y á dónde dirigirá esas furibundas miradas?

—¡A quién quiere V. que sea! A su Desdémona. ¿No la ve V. sentada en el otro extremo del salon en animado coloquio con Rianza? El caso no es para menos—contestó la de Tablallana.

—¡Qué tempestad debe rugir en el corazón de ese pobrecillo! ¿No ve V. cómo se le contrae el semblante? ¿Ve V.? Se muerde los labios, y aprieta los puños de manera que va á romper los guantes,—dijo la Duquesa.

—¡Es lo que tienen estos hombres que salen de la nada! No saben disimular sus impresiones. Son hombres de la Naturaleza. Infeliz de la que les concede el más insignificante afecto. Con seguridad la comprometen sin darse cuenta de ello,—manifestó la de Tablallana.

—Y vamos, éste es prudente; comprende que no va á poder contenerse y se va,—observó la Baronesa.

Efectivamente; Jaime, con la muerte en el alma, atormentado por los más crueles celos, abandonó el salon, temeroso de dejarse llevar de la reconcentrada ira en que rebosaba su corazón, si seguía mirando á Isabel en íntima conversacion con el Marqués, y se retiró á un gabinete

donde se dejó caer en una butaca, medio oculto entre el cortinaje de un balcon inmediato y un tabor japonés. Al otro lado de la puerta de entrada varios jóvenes fumaban y conversaban alegremente.

Jaime, sin escuchar, oyó:

—¿Con que es positivo?

—Me lo ha dicho el Marqués mismo. En esta semana su mamá irá á pedir la blanca mano de Isabelita, á los Duques de Campoverde.

—Pero si Isabel no le quiere...

—El Marqués cree otra cosa. ¡Já, já, já!—La carcajada fué general.—Ese pobre Alfredo, acostumbra á conquistar, convertido en lluvia de oro, á las bailarinas y *ecuyeres*, se cree un irresistible Adonis,—exclamó un joven gomoso con sus pespuntos de literato.

—¿Qué quieres? ¡Un predestinado! Pronto adornará su frente con la monumental *toilette* de los más perfectos maridos,—añadió otro.—Pues chicos, qué quereis que os diga. Ya conoceis á Isabelita. Yo creo que Rianza se va á llevar las más soberanas calabazas. Porque ella, no hay que dudarlo, está enamorada hasta no poder más del pintor.

—¡Cá, hombre! ¡Cómo habia de dar ese escándalo de oponerse á la voluntad de sus abuelos! Porque la Duquesa lo ha tomado con empeño, según sé de buena tinta—dijo uno.

—Por enamorada que esté, añadió otro—entre un pintamonas y un Grande de España, la eleccion no es dudosa.

Jaime estuvo á punto de desahogar su cólera en aquel imbécil; pero su afán de seguir oyendo la conversacion le contuvo.

—Mirad,—siguió afirmando el que antes habia manifestado duda de que Isabelita aceptara por esposo al Marqués—que está muy apasionada, y que no es una mujer como las demás. ¿Cómo va á sofocar el amor que la ha trastornado por completo?

—Chico, muy fácilmente. Hará lo que otras. Y no creo necesario citar nombres. Se casará con Alfredo, y luego, podrá mejor que de soltera dejarse llevar por los impulsos de su corazón. Alfredo no ha de dejar tampoco sus bailarinas y los maridos al estilo calderoniano, no están en moda en este siglo de las luces...

—Y de las mujeres sin pudor y los maridos sin vergüenza,—le interrumpió aquel á quien se dirigía.

—No seas ridículo, hombre, con tus exageraciones quiotescas,—le contestó el otro continuando su interrumpida asercion.—Antes que nada están las conveniencias sociales. Y yo creo que entre la gente de buen tono lo esencial es guardar las formas. Lo que seria atroz es que se casase con el pintor, haciendo que la sacase depositada como si fuera hija de un empleado de doce mil reales. ¿No sois de mi opinion?

FRANCISCO MARTÍN ARRÚE

LA ENFERMEDAD DE EUROPA

V

(Conclusión)

Las luchas entre lo que se ha dado en llamar el poder temporal de los Papas y las naciones de Europa, es otra de las consecuencias de la gangrena social, que tiende á absorberlo todo y que determinan una serie no interrumpida de perturbaciones sociales, en las que los odios se recrudecen con exceso y las pasiones de todo género hallan ancho campo donde poder ejercitarse.

El ultramontanismo, aferrado á las antiguas prácticas, no puede tolerar con calma el libre desenvolvimiento de la humanidad, y su egoismo es tan irritante que asombra pueda tener la vana presunción de manejarlo todo: espíritu y materia. De aquí nacen las perpetuas divisiones entre el Estado y la Iglesia, que luchan entre sí por adquirir el mando supremo de los negocios humanos.

Alemania, con el prestigio alcanzado por sus filósofos incomprensibles, animada por la supremacía incuestionable que ejerce, no sabemos si con justicia, sobre las demás naciones de Europa, ha tomado la iniciativa en esta cuestion y bajo el pretexto de las leyes político-religiosas, ha lanzado con arrogancia un reto á la Santa Sede, que no hay que decir, dada la soberbia que siempre le alienta, ha sido aceptado. La Iglesia, pues, olvidando su misión de paz, se prepara de todas armas á fin de al-

COSAS DEL MUNDO

Halló el hombre seguros derroteros
Para surcar el mar;
Al rayo de la nube desprendido
Pudo al fin sujetar;
Descubrió con su vista, de los astros,
La eterna evolución;
Y sin embargo, aún no ha conseguido
Dominar á su propio corazón.

R. ORTIZ Y BENEYTO.

CLASICISMO, ROMANTICISMO Y REALISMO

El teatro, como una de las manifestaciones del arte, es indudable que ha contribuido y contribuye al esplendor de los pueblos, ejerciendo una inmensa influencia en la civilización y progreso de las sociedades: en él se manifiesta esa sublime fusión de lo verdadero y lo bello, de lo real con lo ideal; ese encantador consorcio entre la cadencia rítmica, esa flor primorosa, fecundada por la inteligencia que se denomina poesía dramática, que no brilla por igual en todas las épocas, y sufre intermitencias, cansancios y transformaciones, del mismo modo que las van sufriendo todas las sociedades, dentro de las bases fundamentales en que descansan, y sin destruir jamás los imperecederos principios que las constituyen.

Así como la naturaleza obedece siempre á leyes invariables, pero se modifica y cambia de aspecto, el hombre piensa siempre de la misma manera, pero progresa en sus conocimientos y desenvuelve en más ancha esfera sus ideas, el teatro, para formar los pueblos, canta siempre en igual forma y en idéntico metro. Lo propio sucede en todas las manifestaciones del arte, y más especialmente en la poesía dramática; la decadencia, la postración existen, pero sólo como la nube que cubre por un momento la tierra, y que al disiparse deja que el sol nos mande nuevamente sus vivificantes rayos; la transformación tiene lugar constantemente, pero es el nuevo impulso, la desconocida savia, el divino aliento que hace renacer á la vida una concepción más perfecta, una forma más hermosa.

Nuestra literatura dramática ha sufrido, como la de todos los países, estas decadencias y estas transformaciones, como natural y lógica consecuencia de sus épocas de esterilidad y languidez. Ha tenido su siglo de oro en el que brillaron nuestros más esclarecidos escritores dramáticos, y sus años de extravío y perversión; ha sido admirada un día por su clasicismo, ha sabido después inspirarse en el romanticismo que debía inmortalizar tantos genios en Europa; hoy á su vez va con incansable afán en busca de nuevas corrientes, en busca de esa manera de trasladar al teatro todas las luchas, todas las pasiones, todos los problemas, todos los sentimientos, todas las aspiraciones y todas las inquietudes de la sociedad moderna.

Antes de entrar en el estudio de nuestros poetas dramáticos de este siglo, fijemos el concepto del clasicismo, del romanticismo y del realismo.

Desde Aristóteles y Horacio se viene sosteniendo que la unidad de lugar y de tiempo son condiciones esenciales para la perfección de las obras dramáticas. Ambas reglas están observadas en los más bellos modelos de la literatura griega; ambas han sido apoyadas con razones de gran peso y de no poco valer por multitud de preceptistas; y sin embargo, ha llegado un tiempo en que hombres de excelente ingenio, algunos de ellos muy conocedores del arte griego, las han abandonado, siendo muy notable que sus obras, aunque reprobadas por los que se preciaban de eruditos, eran objeto de admiración y aplauso para otros. Parte no pequeña han tenido en esta revolución literaria nuestros grandes poetas dramáticos, contra cuya licencia ha clamado largo tiempo la crítica, impugnada sólo por el ejemplo, si impugnación puede llamarse el no decir nada contra ella y componer obras que obtenían gran éxito al ser representadas y eran de mucho agrado para los que no las juzgaban comparándolas con las del teatro griego. Mas al fin, examinada filosóficamente—como debía suceder más ó menos tarde—la opinión de los partidarios de la antigüedad, no han podido menos de convencerse del acierto que guiaba á los innovadores al quebrantar unos preceptos buenos sin duda para la antigua literatura dramática,

ca, mas no para la moderna, que por necesidad tenía que acomodarse á otros sentimientos, á otras ideas y á otras costumbres; en una palabra, á otra civilización completamente distinta de la de los antiguos.

No entraremos á exponer todas las razones con que han defendido su respectiva opinión así los partidarios de la escuela clásica como los de la romántica, pero al menos reproduciremos algunas de las principales consideraciones con que han ilustrado tan difícil cuestión escritores distinguidos. Entre ellas se encuentra la de un autor dramático (1), que se expresaba en estos términos al hablar de la poesía dramática.

»Ningún otro género es con efecto tan susceptible como éste de las modificaciones que las diferentes civilizaciones pueden comunicar á las obras literarias; verdadero trasunto de la sociedad, tiene que caminar á par de ella, que recibir todas sus impresiones y ostentar por donde quiera el espíritu del siglo. De otra suerte, no sería entendido de los espectadores. Los demás géneros pueden sin tanto inconveniente ceder algo á las exigencias eruditas, confiar más en el saber de los lectores, pedir galas á literaturas exóticas: el poema dramático vive de actualidad, necesita el favor popular, tiene que acomodarse á la inteligencia, al modo de sentir del gran número de personas de todas clases, sexos y edades que asisten á las representaciones, y que exigen todos los placeres proporcionados á su gusto, sin que pueda tener el paladar hecho á los gustos de otros tiempos y de otros países. Por este motivo, raro es el sistema dramático de una nación que ha podido ser en su integridad trasladado á otra; y los gustos en esta parte son tan varios como los pueblos.

Hé aquí la razón que justifica, por decirlo así, el haber prescindido en la moderna literatura dramática de las unidades de lugar y tiempo. Para que la acción dramática fuere lo más interesante posible en nuestros tiempos debía ser más complicada, y como esta complicación casi nunca era compatible con la observancia de aquellas reglas, se conoció la conveniencia de olvidarlas. Las reglas sobre el tiempo y el lugar, podrá decirse, eran no sólo inútiles, sino perjudiciales. ¿De qué sirve, pues, el arte? De mucho, porque si hay preceptos que andando el tiempo no deben observarse, otros no se pueden desconocer ni olvidar sin que el mejor ingenio se extravíe, y dé por consecuencia poco estimable fruto. De que algunas reglas sean solamente propias para una civilización y no para otra, jamás podrá deducirse que todas deben ser condenadas.

Según algunos autores, el *clasicismo* es el género de literatura en que se subordina el concepto á la locución, en que se ajusta á la idea la frase, consistiendo la perfecta creación en la forma; el *romanticismo* es el género de literatura en que la frase se ajusta á la idea, en que la locución se acomoda al concepto, consistiendo el genio en la perfecta creación del espíritu.

Pero concretándonos á lo que nos proponemos estudiar en esta introducción, diremos: ¿qué era el romanticismo? El teatro romántico nos ofrecía pintura levantada de caracteres y pasiones, energía de afectos, exacerbación de lo patético y de lo trágico hasta confinar en la locura, interés prodigioso, vida exuberante. Era ciertamente exagerado y falso; basaba sus construcciones en deleznales cimientos; atropellaba con singular osadía los fueros de la verdad y del arte; pero algo había allí grandioso é inusitado que despertaba en el alma profunda emoción.

Basta para poner esto de manifiesto recordar los dramas de Víctor Hugo y de Dumas (padre); leer las inspiradas páginas del teatro del duque de Rivas y de García Gutiérrez, y en el fondo de aquellas pasiones volcánicas bajo aquellas figuras atormentadas y convulsas como las figuras pintadas en el Vaticano por Miguel Ángel, hallaréis siempre alguna grande idea, algún levantado pensamiento. Cuando leemos ó asistimos á la representación de las obras dramáticas de aquellos genios, vemos en esas figuras gigantescas personificaciones de grandiosos aspectos de la naturaleza humana: en aquellos sucesos encontraréis retratadas las grandes luchas de la vida y de la historia; en aquellos versos inspirados vése fulgurar, bajo metáforas atrevidas é imágenes dantescas, pensamientos altísimos y elevadas concepciones; y en todo ello, acción, pasiones, personajes y parlamentos, vemos palpitar y bullir como lava incandescente la nueva idea, el divino verbo de la moderna civilización.

(1) Don Antonio Gil y Zárate.

Y si queremos ver la idealidad romántica fundida con la verdad; si queremos encontrar no sólo el prototipo y el modelo del verdadero romanticismo, sino del realismo en lo que de legítimo tiene, admiremos las obras del más humano de todos los escritores dramáticos, del que nos ha presentado en su teatro más fielmente retratado que ningún otro escritor el elemento permanente del arte, que se encarna en los hombres de todos los pueblos y de todos los tiempos, y que es, en fin, reflejo y copia, no ya de una pasión, no ya de una civilización, sino de todas las pasiones, de todas las civilizaciones, de todos los pueblos, ó lo que es lo mismo, de la humanidad entera.

Este portentoso genio es Shakespeare. No exento de errores y extravíos sin duda, pero con todos ellos punto el más alto á que ha llegado la inspiración dramática, fusión admirable de la verdad y de la belleza, realizada por un increíble concierto del genio y de la inspiración con el talento y el buen sentido.

El romanticismo de nuestros dramáticos de 1830 fué un himno á la libertad, al progreso y á la revolución, de la misma manera que el romanticismo de nuestros autores del siglo XVII fué un himno no menos grandioso é inspirado á la fe y al honor castellano.

No sería imparcial ni completo este estudio del romanticismo si no tratáramos de averiguar si hay en él algo de legítimo. El romanticismo, como toda reacción, responde á una acción, y sus exageraciones fueron en un principio una protesta contra el clasicismo.

¿Dónde está el pensamiento que fecunda esos dramas, conocidos con el nombre de románticos? ¿Dónde el ideal que los anima? ¿Dónde el alto concepto, el profundo sentimiento que animó á sus autores al escribirlos? ¿Dónde los personajes dotados de viva, permanente y característica personalidad?

Buscad en ellos cualquiera de estas condiciones, y la decepción será terrible, porque nada de eso se halla en aquellos dramas. Sus autores no se propusieron nada, ni obedecieron á ninguna idea al escribirlos. Pintaron pasiones vulgares, imaginaron descoloridos personajes y pusieron la pasión y el interés, no en el alma de estos, ni siquiera en sus hechos, sino en las situaciones resultantes del concurso fortuito de causas ajenas á la voluntad de las figuras. Lo sacrifican todo á efectos mecánicos y externos, á cuadros trabajosamente preparados y á costa de la verdad á veces.

De este modo, el mecanismo sustituye á la idea; el escritor se trueca en confeccionador de efectos y constructor de ruinas; y para despertar en el público la emoción y el interés, no se habla á la razón ni al sentimiento, sino á la fantasía en sus más inferiores manifestaciones. El autor no se cuida, por lo general, de que el expectador tenga corazón, sino nervios, y fácilmente los excita con escenas de efecto y con largas tiradas de versos huecos y declamatorios, que salvan las situaciones difíciles, gracias al robusto pulmón de los actores.

Terminada por una especie de conciliación la encarnizada guerra entre el clasicismo y el romanticismo, hallábase en cierto estado de relativo reposo, cuando de repente surgieron en él nuevas tendencias y aspiraciones, que bajo el nombre de realismo, primero, y de naturalismo después, han iniciado un período de lucha y desasosiego, del cual ha de surgir una profunda transformación del arte, á la que acompañará seguramente una renovación total de la estética.

La nueva revolución coincide con el movimiento romántico en la protesta contra la ruina académica, la tiranía de las reglas y preceptos y las imposiciones de la tradición clásica, y por consiguiente, en el espíritu de libertad que la anima.

Que el romanticismo no es ideal del teatro en la época presente, cosa es que no necesitamos esforzarnos en probar. Producir la belleza, y causar, por lo tanto, en el ánimo del espectador aquella emoción deleitable y pura que se denomina estética, es el fin que debe proponerse el escritor dramático; si consigue este resultado, importa poco que carezca de belleza lo que representa su obra; basta que sea bella su representación, esto es, la forma de que necesariamente ha de revestir el pensamiento que le inspira y el asunto que desarrolla.

Estudiar el mundo en que vivimos, proponer la solución de los graves problemas que constantemente nos abruman, encarnar en los hechos, unos tras otros, los heterogéneos dogmatismos subjetivos que

aparecen en nuestro horizonte, exponer las pasiones y los pensamientos humanos tal como se presentan en la exterioridad de la vida, para quilatar su alcance y aprender á dirigirlos, esto es lo que se quiere que sea el teatro en la época presente, para que de este modo pueda llamarse la idea de nuestro siglo.

No es preciso demostrar que no son las producciones de carácter histórico, sino las de costumbres, las que mejor se avienen al carácter y tendencias de esta nuestra época; siempre que estas tengan algún fin trascendental fuera del estético, según deseo muy generalizado, pues no es sin duda alguna volviendo la vista á los tiempos que pasaron como nuestro siglo piensa ver dicho fin realizado.

Creemos que el arte tiene en sí recursos bastantes para la producción de lo bello; creemos que el arte puede y debe cultivarse por el arte; pero no vacilamos en asegurar que en la complejidad de aspiraciones de la época en que vivimos, el verdadero escritor que quiera elevarse al sentido de lo humano, ha de abarcar todas las modernas esferas de actividad y no encerrarse exclusivamente en la del sentimiento.

Esto es lo que se observa en los escritores de nuestra época, pues se ve que han seguido en su espíritu todas las evoluciones del pensamiento en la sociedad moderna; ni tampoco podría ser otra cosa en la íntima unión que entre el pensar y el sentir existe.

Exige el género realista, tal como nosotros le entendemos, un profundo y casi anatómico conocimiento del corazón humano y de la sociedad presente, gran conocimiento de la escena, un detenido estudio y la pintura fidelísima de los caracteres; y por último, es indispensable la verdad del diálogo, como también la naturalidad del lenguaje.

Puede el escritor dramático que reúna todas estas condiciones llevar al teatro las más exaltadas pasiones, los más terribles conflictos, los más abominables caracteres y las más espantosas catástrofes; pero es menester que con tal verdad las pinte, con tal lógica los desarrolle, y con tan primorosa forma los vista, que el espectador, cediendo á su irresistible influjo, aplauda y encuentre deleitable lo que siendo en la realidad espantoso y repulsivo, se le ofrece embellecido con delicado arte.

No creemos conveniente llevar al teatro el naturalismo repugnante y grosero de Zola; no entendemos que deba proseribirse de la escena el romanticismo bien entendido; pero deseamos que la vida tenga un eco en nuestra literatura dramática; que sus grandes problemas, sus grandes dolores, sus grandes virtudes y hasta sus grandes vicios, conmuevan é interesen, fiel, pero poéticamente pintados, á nuestro público. Deseamos que exista el drama de costumbres, drama que por algunos lados confina con la trágico, y por otros con lo cómico; que tiene á un tiempo la realidad de lo verdadero y la poesía de lo bello; que encierra á la vez emoción, deleite y enseñanza; que atiende por igual á la trascendencia del pensamiento y del fin, á la belleza de la concepción, á la pintura viva y verdadera de los caracteres y de las pasiones, al interés de la acción, al colorido de la forma. Deseamos que se vaya al teatro á pensar, á gozar y á sentir, no sólo á recrear la fantasía con cuadros sorprendentes y el oído con versos armoniosos.

Creemos que todo lo real sea representable en la escena; pero existe un límite que el gusto traza mejor que nadie, y cuya determinación ha de confiarse á la prudencia del escritor y al instinto del público. Aun dentro de este límite tiene completa libertad para ofrecer al público catástrofes terribles y conflictos pavorosos, siempre que sepa hacerlo con arte é ingenio, ó lo que es lo mismo, siempre que acierte á templar lo terrible y doloroso de la emoción que cause con el deleite estético que le acompañe.

Quede, pues, sentado que el teatro debe ser realista en el sentido de que ha de inspirarse en la fuente viva de la realidad, pero embellecida.

Rechazamos como anti-artísticas las producciones dramáticas en que de una manera exacta y detallada pintan las hediondeces y miserias más bajas de la sociedad, erigidas en único objetivo del arte dramático. Gracias al buen sentido de nuestro público, ese teatro no ha formado escuela en España. Cuando se han representado algunas de esas obras, desfiguradas al trasladarse á la escena española, han caído bajo el peso de la indignación pública.

El pensamiento, la idea trascendental es la aspiración de nuestro siglo; debe, pues, el escritor dra-

mático inspirarse, no en pasadas tradiciones, sino en fuentes más reales y próximas, en cuanto que toda manifestación literaria ha de ser, no sólo expresión subjetiva del artista que produce, sino de la época en que crea, siendo, por consiguiente, preciso que nuestro teatro exponga hoy toda nuestra vida actual en todas sus maneras de ser y en todas sus aspiraciones, será más aproximada al ideal propio de nuestro tiempo la obra que, reuniendo todas estas condiciones, desenvuelva en la escena la manera de obrar, de pensar y de sentir de la sociedad viviente.

La obra dramática necesita contener algo más que forma. Y fijémonos un momento en esto, para que lo que pensamos no se preste á interpretaciones, y no digamos sin querer lo que no deseamos decir. Hemos afirmado que los genios nacen en todas las épocas, y lo mismo decimos en cuanto á los ideales y belleza intrínseca de las obras literarias, razón por la cual no creemos en el progreso de las obras poéticas tal y conforme se entiende esta palabra aplicada á la ciencia y á la industria; pero es asimismo indudable que las transformaciones que sufre la poesía dramática cambian por completo su antigua forma y que se nutre de las nuevas ideas que brotan con los siglos. El corazón siempre es el mismo; pero no siente de igual manera todos los días.

Igual transformación, igual cambio en el gusto, puede observarse en la música. Las divinas melodías italianas siempre cautivarán conmoviendo nuestro ánimo; pero en las armonías alemanas admiramos más arte, más belleza, porque hay más profundidad en el fondo de la creación musical. En un siglo, ante una generación que exige á la música algo más que sentimiento, no puede sostenerse que la forma es el todo en la poesía dramática.

Pongamos punto á estas consideraciones, que no por sabidas de todos debieran olvidar nuestros escritores de todos géneros, y han de tener muy presentes aquellos de nuestros dramáticos que, no desprovistos de genialidad, caminan extraviados por la senda de antiguos y muertos ideales, produciendo obras que, á pesar de la galanura poética y de la originalidad de la inventiva, no son en su esencia más que pálidos reflejos de una era de gloria que pasó para nuestro teatro, y que, si bien digna de consideración y estudio, no ha de ser objeto de único y exclusivo modelo, encerrando el arte en retrógrada tendencia.

Deben, pues, los que se sientan con vocación suficiente para dedicarse al cultivo de la literatura dramática, dejando aparte el clasicismo, fundir en una fórmula comprensiva los elementos legítimos provechosos del romanticismo y del realismo, es decir, seguir los caminos trazados en las obras que nos han legado García Gutiérrez, Hartzenbusch y Ayala.

ANTONIO GUERRA Y ALARCÓN

LA LOCOMOTORA

(A mi amigo D. N. Díaz y Pérez).

I.

Tren que volando resbalas
por dos férreas cintas preso,
¿es el ave del progreso
quien te ha prestado sus alas?

¿Es que su velocidad
el huracán te prestó
ó que tu aliento inflamó
el sol de la libertad?

Esa vibración sonora
ese grito penetrante,
¿es la voz de algún gigante?
Es de la locomotora.

Loco de entusiasmo, ciego,
no he conocido mi error;
su espíritu es el vapor,
su vida el agua y el fuego.

Marcha sin que la ciencia
ni la razón la dirija:
¿Es un milagro? Es la hija
del trabajo y de la conciencia.

II.

Un hombre, con loco empeño,
acarició una quimera;
hízose del vapor dueño,

y aquel magnífico sueño
aprisionó en la caldera.

Dióla luego dirección,
y aquel vapor comprimido
con su fuerza de impulsión
causa una revolución:
¡el hombre está redimido!

Puede el hombre descansar,
que tiene un fuerte motor,
un poderoso auxiliar
que viene á centuplicar
el brazo trabajador.

La fuerza viva mantiene
con un poder sin segundo
que á prestarle auxilio viene:
ya un punto de apoyo tiene,
puede conmovir el mundo.

La naturaleza esclava
de esta civilización
es hoy volcán, cuya lava
al desbordarse irradiaba
progreso, emancipación.

Aun cuando el obrero gime,
hoy sus fuerzas multiplica
y avanza, que le redime
esa epopeya sublime
que el trabajo dulcifica.

Múltiples aplicaciones
del mejoramiento en pos
harán las generaciones
futuras. Las progresiones
van á confundirse en Dios.

Agua y fuego: resultante,
vapor, potencia, presión;
por un milagro gigante,
audaz, alzóse triunfante
el rey de la creación.

Si el hombre tiene conciencia,
enmudezca *el retroceso*
ante la augusta presencia
del vapor. ¡Paso á la Ciencia,
al Trabajo y al Progreso!

III

Tranquila la sociedad
prosigue con paso lento
dilatando el pensamiento
que guía á la humanidad.
Marcha hacia la libertad
con paso firme y seguro:
su calvario cruento y duro
lleva con resignación,
que mira *una solución*
tras ese ideal futuro

El Progreso, en mi sentir,
no puede retroceder
ante un sagrado deber:
tiene leyes que cumplir.
Dos sendas puede seguir:
por la paz, *la evolución*;
si no la revolución
es su fallo inapelable;
cumple una ley, inmutable
como la gravitación.

Hoy la titánica lucha
se vislumbra, se presiente:
¿quién pone un dique al torrente
popular que ya se escucha?
Como su razón es mucha,
lleva fe, tiene conciencia.
¡Ay de aquel que la sentencia
terrible quiere anular!
¿Quién se atreve á contrariar
á Dios, á la Providencia?

¿Por qué la fraternidad
no impera de polo á polo,
y en un Dios y un pueblo solo
se funde en la humanidad?
¿Por qué tanta iniquidad
se permiten los tiranos?
¿Por qué oprimen nuestras manos

Porque la hoja seca de las delicias es la ofrenda más grata á todos los seres.

El perfume del Oppavoc deleita todas las existencias desde el hombre á los dioses y desde los dioses al Gran Manitú.

Por esto la hoja seca es sagrada.

Por esto es sagrada la pipa.

Por esto el hueco en que arde y se aspira el Oppavoc calma la ira y detiene las flechas de los guerreros (1).

Cantemos la gloria del Gran Manitú.

El nos da la fuerza y la inteligencia para levantar los montes sagrados.

El conservará nuestras obras para que no perezcan por mano de hombre.

Porque todas ellas han de dar testimonio de nuestra fuerza, de nuestro saber y de nuestra adoración al Gran Manitú.

Y Manitú el Grande y Siempre Poderoso, acogerá con sonrisas de bondad nuestros sacrificios entre las nubes de perfume del Oppavoc.

LA UNION HISPANO-AMERICANA

CONTINUACION DEL CAPITULO II

Geografía topográfica é historia de Méjico.

Conocedor Hernán Cortés del carácter del soldado, dispuso que bajo las órdenes de Francisco de Montejo salieran varios bajeles y examinasen los países que fueran descubriendo, y buscasen un puesto donde sirviera de abrigo á la escuadra; así estuvieron algunos días, Montejo navegando, y Cortés instruyendo á sus soldados en el manejo de las armas, y ganar la voluntad de los naturales con objetos de vidrio y vino de Castilla del cual gustaban mucho.

Volvió Montejo de su expedición, manifestando que había hallado una ensenada que guarecería del viento á los bajeles, librándoles de los desperfectos que ocasiona este elemento, preparóse todo para la marcha, pero llegó Teutille, general de Motezuma, y su embajador con Aro regalo para Cortés; como siempre fué bien recibido, pero el afán de Cortés de llevar á la religión católica nuevos creyentes, enfadó á Teutille, que se retiró en son de amenaza. En efecto, los indios que poblaban las barracas del campamento vecino desaparecieron, y con ellos los que llevaban lo necesario para nuestros soldados; esto fué la principal causa que tratasen de volver á Cuba los bajeles, pues la gente estaba resuelta á no permanecer más en aquellos terrenos, pero dejése ver unos indios que se adelantaban hacia el campamento de los españoles en actitud pacífica. Llevados á presencia de Cortés, manifestaron á éste, ya ganados por los agasajos que su príncipe señor de Zempoala, conocedor del valor de aquellos hombres, para lo cual enviaba á aquellos indios en demostración de paz y afecto hacia á aquellos que en tan poco número habían sabido vencer al numeroso ejército de Tabasco.

Los despidió Cortés dándoles palabras de ir á visitar á su cacique; marcharon estos muy satisfechos.

Deseoso el insigne conquistador de fundar una colonia, expuso esta idea á sus capitanes, quedando nombrados alcaldes Portocarrero y Montejo; por regidores, Dávila, Alonso Alvarado y Sandoval, y por procurador y alguacil mayor de la ciudad á Escalante y Alvarez Chico y otros nombramientos de menor cuantía pusieron á la ciudad colonia el nombre de Villa Rica de Vera Cruz.

Al día siguiente, en ocasión de que se hallaba reunido el Ayuntamiento, penetró Cortés en la sala para tratar de un asunto, aquel hombre grande y guerrero ante los representantes de la colonia y del Rey, hizo entrega de su mando, exponiendo sus escasos merecimientos; el Ayuntamiento acordó por unanimidad el concederle el mando de aquellas fuerzas que iban á conquistar un nuevo continente, dando mayor gloria y poderío al emperador Carlos V. Aceptado el cargo nuevamente, Cortés dió gracias á todos, dando con este acto una prueba y un ejemplo de subordinación á todo lo que representa al pueblo y al Rey, quedando todos satisfechos de demostración semejante; mas como en todas partes hay envidiosos, cierto murmullo dejése oír entre las aclamaciones y vítores que dirigían al eminente capitán. Cortés entonces, en pleno uso de su derecho, mandó prender á los insubordinados y someterlos á la disciplina, porque no era ya á Hernán-Cortés á quien se dirigían aquellas mal contenidas pasiones, sino al Gobernador general de todas las tierras descubiertas y por descubrir, según voluntad de la República de Vera Cruz.

Una vez efectuado el castigo conveniente é inevitable, trajeron los bastimentos necesarios que hallaron en

(1) Según testimonio del profesor Joly, fundado en las tradiciones de los vastos territorios del Illinois, Wisconsin, Ohio, Sciots y Mississipi, las pipas, hechas con piedras especiales, servían á la vez de cazoletas en que se quemaba el tabaco para incensar á los dioses y ante ellas debían tratarse y se trataban como hermanos hasta las tribus más hostiles.

uno de los pueblos cercanos y preparáronse á la marcha; partieron los bajeles, y él por tierra, llegando al río de Zempoala, lo cruzaron y hallaron unos pueblos completamente desiertos, las casas vacías de gente y bastimento y los adoratorios despojados de alhajas, dejando únicamente los ídolos y despojos de víctimas humanas bárbaramente sacrificadas, alojáronse, y pasada la noche se pusieron nuevamente en marcha; la soledad era completa, los bosques completamente abandonados, y sólo se dejaba oír el ruido producido por las hojas de los árboles al rozar unas con otras, después de andar por aquellos terrenos escabrosos y fértiles, vieron venir unos indios con gallinas y maíz enviados por el cacique de Zempoala, dijeron que deseaba su señor que no dejasen de visitarlo, y que les mandaba aquel regalo en demostración de paz, pues deseaba tener cordiales relaciones con los españoles y teniendo orden de servirles de guía.

Aquella misma noche hicieron alto en un pueblecillo cuyos habitantes se manifestaron poco recelosos, colmándolos de agasajos descansaron, pues buena falta le hacía; por la mañana siguiente, guiados siempre por los indios, marcharon hacia Zempoala, saliéndoles á recibir unos indios de distinguido porte; estos indios eran encargados por su cacique para que expresasen á los extranjeros su afecto, pero que le era imposible salir él mismo, pues estaba impedido; la ciudad de Zempoala era de bello aspecto y pintoresca; sus calles estaban completamente llenas de numeroso gentío, ansioso de ver á los que venían de otro mundo; á la puerta de su palacio salió á recibir á Cortés el cacique que apenas podía andar á causa de su extremada gruesura; recibió á todos con afabilidad y les dijo que podían ir á descansar, pues tenían preparado el hospedaje, el cual estaba en todas las condiciones necesarias; el cacique envió un regalo á Cortés, yendo luego él á hacerle la visita, iba en unas andas, su cuerpo cubierto con finísima manta y sus brazos, orejas y el labio inferior con anillos de oro con pedrería. Cortés lo recibió á la puerta y retiróse con sus intérpretes á conferenciar sobre asuntos de interés.

Sabido es el deseo y afán de tratar de cuestiones religiosas en el capitán de los españoles, así es que empezó esta conferencia dando á entender al Sr. de Zempoala el error en que estaba en cuanto á sus dioses, pero la diplomacia siempre servidora de Cortés vino una vez más en su ayuda, diciendo que él iba á castigar al tirano, hacer justicia y á librar al oprimido; por este camino llegó al objeto que se proponía; es decir, que el cacique de Zempoala abriese su corazón, dando quejas de la tiranía y barbarie del príncipe Motezuma de que él era tributario.

Concluida la conferencia, volvió el cacique á su palacio satisfecho de haber encontrado un apoyo en aquellos hombres cuya reputación era conocida ya en todos los territorios de Nueva-España.

Cortés preparó todo para continuar su marcha y cuando el ejército se encontraba dispuesto, aparecieron unos trescientos á cuatrocientos indios cargados de todo lo necesario para el camino, sirviendo también para la conducción de la artillería y de cuantos objetos fuera necesario trasladar; iban á Quiabislán, el camino fértil y cubiertos de ricos árboles y de deliciosas plantas cuyo aroma deleitaban á nuestros soldados, por series muchas de ellas desconocidas; aquel país estaba llamado á ser una de las fuentes que prestase su cristalina agua á la sedienta Europa, seca y agotada las suyas en las guerras y contiendas; allí á miles de leguas de España, un puñado de hombres abrían el canal por donde el oro virgen corriese, para poder cubrir las necesidades de las naciones que se llamaban cultas.

Al día siguiente llegó Cortés y su ejército á Quisbislán; la ciudad estaba abandonada, y sólo unos indios en la plaza principal salieron al encuentro, manifestando el temor de que estaban poseídos todos; pero bastó algunas cuentas de vidrio para tenerlos suyos; en efecto, al poco tiempo la ciudad de Quisbislán se hallaba como si nada hubiera sucedido; las gentes procuraban toda clase de comodidades y agasajos á nuestros soldados, y el cacique volvió acompañado por el de Zempoala; los dos, aun con lágrimas en los ojos, expusieron la tirantez en que les tenía el príncipe Motezuma, que ya no contento con los cuantiosos tributos en especies, arrancaba al padre sus hijas, al esposo la esposa, para gozarse en su hermosura, sacrificándolas luego á sus numerosos ídolos; aquel gran rey creíase en su deber el hacer semejantes arbitrariedades, sin tener en cuenta las leyes de la humanidad y la moral, sino que orgulloso porque sobre sus sienes había la corona real, trataba á sus vasallos con desprecio; siendo los reyes hechura de los pueblos, el pueblo generoso y caballero quiere rey generoso y caballero; el pueblo libre quiere rey liberal, y aquel que tal no hiciere, no es digno de ceñir la diadema, y el pueblo está en su deber de arrojarlo de las altas gradas del trono.

Esta era la opresión en que se encontraban los dos caciques, y dando las quejas á Cortés llegaron unos ministros, encargados de recaudar las contribuciones; temerosos los caciques, se retiraron precipitadamente, y Cortés salió á la puerta á ver los enviados del gran tirano; pasaron ante nuestros soldados sin hacer una de-

mostración de cortesía y sí de vanidad. Los embajadores llamaron á los caciques y los reprendió por haber permitido que en sus Estados entrase una gente enemiga de su señor, pidiendo como desagravio veinte indios para aplacar la cólera de sus dioses; los caciques atemorizados no pudieron dar respuesta; pero entonces llegaron unos soldados enviados por Cortés á que los llevase á presencia de éste; una vez reunidos, manifestó Hernán-Cortés que era tiempo ya de que concluyesen aquellos bárbaros tributos y que el bien fuese con su intervención, bien con armas estaba dispuesto á no consentirlo, y que, por lo pronto, prendiesen á los enviados; así fué hecho, siendo metidos en cepos; los caciques, ya más confiados, fueron á Cortés llenos de alegría, manifestándole su reconocimiento.

El eminente conquistador, retirado en su alojamiento, púsose á reflexionar sobre la suerte de los enviados de Motezuma, no podía tener los presos, pues se indispondría con éste, y después de largo rato acordó que llevasen ocultos los prisioneros á su presencia: una vez efectuado, díjoles que sabedor de lo que había hecho los caciques con ellos, los ponía en libertad, pero que quedaban algunos hasta saber la resolución de su señor; conducidos por soldados españoles, viéronse pronto fuera de los Estados de Quisbislán y Zempoala.

A la mañana siguiente vinieron muy temerosos los caciques á decir á Cortés que los prisioneros habían huido; grande fué la sorpresa de Cortés para los caciques, los culpó de poco vigilantes, y mandó que los restantes fueran llevados á la armada, dejándolos luego en libertad, y de esta manera no perdía á unos aliados y ganaba la voluntad de otros para él de mucha importancia, puesto que era el dueño de un vasto territorio, cuyos moradores, aunque quejosos, no titubearían en tomar las armas contra los españoles, llevados, no del amor al rey, sino por el temor del castigo, esta era la situación de todos los pueblos que se hallaban bajo el cetro absolutista de un rey que no tenía más ley que su capricho ni más dios que su voluntad.

RAMÓN DE SANJUÁN.

(Continuará.)

SONETO

IMPROVISACIÓN A MI AMIGA CATALINA

Comprendo que el volcán ruja bravío
Bajo el norte de nieve coronado
Y en el fondo del invierno helado
Germinen el fuego del ardiente estío.
Comprendo que se oculte el odio impío
Por el semblante hipócrita velado
Y en el frío desdén sea engendrado,
Amor que cárcel es del albedrío
Mas una duda que con saña aleva
Hierne mi corazón con sus abrojos
A resolver mi mente no se atreve.
Dime, amiga del alma, sin enojos,
¿Cómo hay en ese pecho tanta nieve
Habiendo tanto fuego en esos ojos?

AMPARO MONTES

EL ARCHIPIÉLAGO FILIPINO

Desgraciadamente la civilización de que tanto nuestra sociedad alardea, se encuentra aún en estado de embrión, porque no consiste toda ella en haber venido al conocimiento de grandes problemas científicos, en haber desentrañado profundos secretos de la Naturaleza.

El vapor sujeto á la voluntad y empleado como fuerza impulsiva, la electricidad, prescindiendo á deseo del hombre inmensos servicios desde los ámbitos de unas á otras naciones hasta los lúgubres recintos del hospital y otros mil y mil portentosos descubrimientos, son sólo creaciones de una gloriosa pléyade de genios.

Preguntad á la gran masa social qué son aquellos y no sabrá daros una definición concreta, porque sólo conoce los efectos, sin que ni aún por curiosidad haya parado mientes en conocer las causas.

¿Y cómo han de ser del dominio público estos importantísimos conocimientos, si hay otros mil más rudimentarios, más sencillos, más patentes á la vista del pueblo y que sin embargo, permanecen completamente ignorados?

La historia de la madre patria y su geografía debieran ser minuciosamente conocidas

de todos los ciudadanos, debieran ser el catecismo de la religión nacional, y sin embargo, ni la historia, ni la geografía, son enseñadas al pueblo con la asiduidad que fuera de apetecer.

Pues bien, si ese pueblo desconoce científicamente la provincia limítrofe á aquella en que vive, ¿qué extraño es que no conozca la que se encuentra á larga distancia y separada por los mares?

Así que el archipiélago filipino, sea únicamente conocido entre ciertas personas, por la relación que de él hicieran los que le visitaron y que son narraciones parciales, porque:

cada cual cuenta de la feria
como le va en ella,

que dice el vulgo, y mientras en una parte se considera al suelo indiano un paraíso, para otros es un verdadero infierno.

No pretendemos, al empezar estos artículos, llenar ese vacío que encontramos en nuestra sociedad, por que ni nos consideramos con erudición bastante para llegar á la meta de tan importante cuestión, ni el espacio de que disponemos es suficiente á desarrollarlo.

¿A qué, pues, esas reflexiones? dirán nuestros lectores. Estas reflexiones se inspiran únicamente en la consideración de que podríamos entrar de lleno en el asunto que nos proponemos, sin que distrajera nuestra tarea la descripción detallada del lugar á que vamos á llevar al lector, que tenga la paciencia de seguirnos.

Vamos, pues, á conocerlo.

Se halla el archipiélago filipino entre los 5° 9' y 21° 3' de latitud Norte y entre los 120° 40' y 130° 37' longitud Este del meridiano de Madrid.

Su mayor extensión de Este á Oeste en su parte meridional, que forman las islas de *Mindanao*, *San Juan* y *Palaguan*, mide sobre mil kilómetros, comprendiendo una distancia desde las islas *Boschi* al extremo Norte hasta las de *Saragán*, punta Sudeste. de 1.778 kilómetros.

La isla de *Luzón*, á que debemos dedicarnos primero por ser la principal, y hallarse enclavada en ella la capital del archipiélago, es una de las islas más ricas del mundo, tanto por su buena disposición interior, como por sus costas, que comienzan por la parte occidental con la punta de *Caparispisan*.

Atraviesa esta isla una gran cordillera, llamada *Montes Caraballos* ó *Sierra Madre*, que corre de Norte á Sur un tanto inclinada á Poniente.

Las derivaciones de esta cordillera por la parte Occidental, forman en la costa puntas y bahías, de las que deben citarse las de *Dile*, al Este, en la que vierte sus caudales el gran río *Abra*; las de *San Esteban*, *Namapcapan*, *Lingayen*, en que desagua el río *Grande*, después de arrastrar en su corriente la del *Agnó* y la de *San Fernando*, que ocupa la parte más occidental del golfo, siendo en su parte Oeste la punta de *Bolinao*, derivación de los montes *Zambales*, que ocupan el lado Poniente de la isla; se inclina un poco la costa hasta la punta del *Caimán*, tras la cual se halla la bahía de *Santa Cruz*, y bajando más se encuentran las puntas de *Masingloc* y *Calaín*, descendiendo hasta encontrarse la punta de *Capones*; tres peñascos, llamados los *Tres Monjes*, que indican una desviación de la costa con dirección á Levante, hasta hallar un seno, en las puntas de *Luzón* y de *Mariveles*, último estribo de los *Zambales*.

Aquí se presentan varios islotes llamados del *Corregidor*, *Limbanes* y otros que dan entrada á la gran bahía de Manila.

La sierra que cruza quel suelo tiene gran influencia sobre las condiciones climatológicas del país. En la parte Oeste, se siente la influencia de las lluvias desde Junio á Setiembre, mientras en el Este y Norte se contempla el cielo sereno.

En otoño, el viento del Oeste, reemplaza al del Norte y trae las lluvias pertinaces, tanto que hay aguacero que dura quince días sin interrupción, siguiendo, como inmediata consecuencia, las inundaciones, que dejan intransi-

tables las vías de comunicación, que, dicho sea de paso, no están nada atendidas en el buen tiempo.

Campos hay por esta época que simulan extensos lagos.

Absorbida por aquel riquísimo suelo tanta humedad, y bajo la influencia de aquel sol, cuyas ardientes moléculas difunden la vida, se viene á un resultado de riqueza inmensa, y lo que antes fué pantano y campo de limo, se ve después risueño prado de esmeralda, cuya alfombra matizan aquellas flores, que superan en esplendor á las de nuestras zonas templadas.

Las cosechas se suceden sin interrupción, y la vegetación siempre exuberante y llena de vida, no ofrece como en otros países el espectáculo triste de la desnudez de los árboles.

Si bien es cierto que el calor es excesivo, no lo es menos que molesta más en otras regiones, y aún se da el caso, de haber épocas del verano en muchos puntos de la Península, donde se hace más sofocante, porque allí atenúa en mucho sus efectos la continua humedad y la brisa marina.

Por lo contrario, el frío no se hace sentir cruel, y sólo cuando los nortes soplan, se nota algún descenso de temperatura que obliga á buscar algún abrigo, sin que por esto se crea es notable la baja, pues el termómetro centígrado no señala menos de 17°.

A los fines de Mayo, cambian generalmente las brisas Este y Sudoeste presentándose las del Oeste, cuyo encuentro produce grandes tempestades.

Las *collas*, *baguios*, llamadas en el país, son horribles huracanes que recorren todas las direcciones de la brújula, y que asolando los campos y las poblaciones, parece el desquiciamiento del globo, pero la Naturaleza reponiéndose inmediatamente lo que á su cuidado atañe, y el hombre lo que á las necesidades de su vida hace falta, no tarda mucho en quedar otra vez esplendente y sin la menor huella del cataclismo aquel hermoso suelo.

En este país todo se manifiesta sublime: la risueña calma de la Naturaleza, y la Naturaleza en sus horribles convulsiones.

El clima desmiente el concepto de insalubre para la vida, que en la antigüedad se atribuía á los países enclavados en la zona tórrida, toda vez que el de Filipinas, es generalmente apacible y sano, habiendo muy reducido número de enfermedades endémicas, entre las que deben señalarse las intermitentes, que se padecen especialmente en las provincias de Cagayán, Nueva Vizcaya, Nueva Ecija y Pangasinán y que se atribuyen á los vientos de tierra que llevan en sus ondas el germen infeccioso, recogido en los espesísimos y vírgenes bosques que recorren, la disenteria, haciéndose crónica muchas veces, toma la particular manifestación de dolencia nerviosa, pero ni ocasiona tantas víctimas como la fiebre y el vómito en América, ni aun como las pulmonías en esta región.

(Continuará).

R. ORTIZ Y BENEYTO.

EL SUEÑO DE AMPARO

(Leyenda histórica).

Allá, sobre las tormentosas aguas del Mediterráneo que se levantaban monstruosas amenazando invadir las costas de España y las de la Argelia, una embarcación ligera surcaba estas aguas ennegrecidas por la noche, con la facilidad que el buque velero las calmadas aguas de los lagos de Constanza y de Ginebra; en ella, despreocupada, había una niña de no ordinaria belleza, sus cabellos rubios, sueltos y caídos sobre su blanca espalda, los ojos fijos en el firmamento como queriendo dar á conocer á esos soles ó estrellas que no podían competir con el brillo de ellos, su boca, ligeramente entre abierta, daba paso á los suspiros que de su pecho salían, y el cuerpo cubierto por negro traje recordaba á Lucrecia navegando por los canales de Venecia; un re-

lámago apareció en el espacio dejando ver el cielo cubierto de preñadas nubes, el mar alborotado y amenazador y sobre la proa de la barca el nombre de *Amparo* escrito en letras de oro; Amparo se llamaba aquel cascarón de nuez y amparo necesitaba en aquel instante supremo en que el viento y las aguas del mar le impedían la marcha hacia adelante, ya se hallaba sobre alta montaña de ennegrecida agua, ya sumida al parecer, en el abismo y el viento tempestuoso, henchía su única vela haciendo que la quilla abriera paso, como temerosa que llegase tarde á las costas del africano suelo.

Después de luchar, calmó el viento, se apaciguaron las aguas y dejóse ver la luz tenue de que produce el hacha de viento combatido por éste, llegó al fin á aquellas costas; una mano extendió en busca de otra, las dos se unieron... el aire volvió con furia, el Océano combatía con mayor fuerza las escarpadas rocas de la costa, el cielo abrió sus cataratas; la embarcación quedó sujeta y la niña desapareció oculta por la oscuridad de la noche.

A un cuarto de legua de donde quedó la embarcación, se levantaba un edificio envuelto por las delicadas esencias de las flores que le circundan; en ninguna de sus ventanas había luz y sólo el silencio reinaba en el exterior, dejándose únicamente oír el ruido de la floresta al ser meci la por el aire; en el interior, ricamente alhajado, en un gabinete retirado había una luz fuerte y tan viva que parecía que era preso por las llamas, mas no era así; sobre rico diván de terciopelo carmesí, guarnecido de oro, se encontraba una niña de dieciséis á diecisiete años, muellemente reclinada; ¡qué bella aparecía á la vista!

Su cabeza, apoyada en su mano, sus hombros desnudos medio cubiertos por el sedoso cabello, su pecho palpitante y emocionado moviase como las aguas nacaradas de cristalino lago, sus pies diminutos sobresalían de su vestido; á sus piés un opuesto mancebo, moreno, de grandes y rasgados ojos, de figura simpática y ricamente vestido, tenía entre sus manos la de la joven.

Imposible nos es transcribir las dulces palabras que cruzaban de boca en boca, sus ojos despedían rayos de fuego y bien pronto aquellos dos seres confundíanse en estrecho abrazo uniendo sus corazones y sus labios, el chasquido de beso sonó; los dos se estremecieron como si les hubiese sido aplicado el hilo eléctrico; no hablaban, las palabras se ahogaban en la garganta y sólo los ojos eran los intérpretes del corazón; ¡qué sentirían los dos enamorados! No es posible explicarlo, ellos sólo deben saberlo; fuego que abrasa, mareos, locura, frenesí, todo, absolutamente todo lo sublime que encierra el corazón humano, se desborda en el momento en que el hombre posa su boca junto á la de su amada; se olvida al mundo, al padre, á la familia, á Dios y sólo viene á su mente el goce, la pasión de poseer en sus brazos á su mismo tesoro.

Este es el sueño que tuvo Amparo, estas las ideas que durante él le vinieron á la mente.

Pero me preguntaréis: ¿quién es Amparo? Os lo voy á decir: Amparo es una niña bella y deliciosa que encierra en su corazón las ilusiones de la joven, de la mujer y de la enamorada; en su pecho late el cariño hacia un hombre á quien ama y que ella únicamente sabe, durante la noche, sus sentidos siempre puestos en *C.*, le llamaremos así, le presentan durante las horas de descanso hechos extravagantes y románticos como el que acabo de relatar.

Al día siguiente de estas apariciones, digámoslo así, Amparo se levanta alegre y llena el aire de melancólicas notas, sus cabellos rubios créense adornados de flores, cuyos colores palidecen á su lado; en una palabra, Amparo cree que ha visto á *C.* en realidad y se prepara para volverle á ver en la próxima noche.

RAMÓN DE SANJUÁN

y los tilos del arroyo, la impaciente tórtola que declara su pasión, arrullando al lado de su amada.

Dentro del palacio había seguridad y abrigo, desahogo y comodidad: grandes salones, cubiertos de riquísimas alfombras y de tapices del Herat y de Mosul; gabinetes preciosos, verdaderos retretes de Flora, salas de baño con blancas pilas de mármol, cuyos pisos y paredes embellecen caprichosos mosaicos de vivos y vistosos colores. Por todas partes la abundancia y la alegría: por todas, la comodidad y el más exquisito gusto.

—No en vano, amigos míos—exclamó el Doctor, haciendo esta pintura—no en vano los árabes dieron a ese palacio el nombre de *Gozos de Al-Mondhyr*: nombre que por corrupción del habla y por los deterioros y las ruinas que han traído los tiempos, se ha transformado en el de *Pozos de Mondar*, con el cual se conoce; no ya el desaparecido palacio sino la que hoy es ruín aldea á corta distancia de estos sitios.

IX

Único fruto de aquel dichoso matrimonio fué una niña, á la que sus padres dieron por nombre Leila: criatura angelical, á quien las Gracias y la Fortuna colmaron de sus dones: dones que acertaron á crecentar los prolijos cuidados de su madre, que se encargó casi exclusivamente de su educación, mientras que Al-Mondhyr se consagraba al gobierno de la provincia, manteniendo el orden y la paz, y fomentando las industrias y el comercio.

Al efecto, Al-Mondhyr propagó la instrucción, fundó escuelas, enriqueció bibliotecas, trajo y premió maestros, alentó las artes, dió facilidades al comercio, y protegió con singular esmero la industria de los campos, les dió seguridad y amparo constante, abrió caminos, construyó puentes, desecó pantanos, saneando lugares infectos, señaló premios á los plantadores, auxilió los alumbramientos de aguas y la construcción de acequias, estanques y canales de riego, dando siempre y para todo el ejemplo al lado del precepto.

Ni se redujeron á eso solo los cuidados, las disposiciones y los actos de gobierno de Al-Mondhyr. Conociendo que la más segura prenda del sosiego público es la justicia, se dedicó á velar por su recta administración. A intento ordenó y facilitó el arbitraje para la decisión de todo litigio entre partes sobre cuestión de intereses, y creó un alto tribunal compuesto de imanes y cuyas sesiones presidía él mismo, encargado de resolver en última instancia las causas por delitos graves y los pleitos de gran cuantía, en que estuviesen interesados el Estado, los huérfanos menores de edad, los ausentes y las viudas. Ese tribunal debía conocer además de toda queja contra los funcionarios públicos, y de toda causa por prevaricato, falsedad, cohecho y soborno. Y como si esto no bastase para desterrar de los tribunales hasta la sombra de parcialidad, de prevaricación y de monopolio, mandó que la justicia se administrase gratuitamente.

Gozando así de una paz octaviana y de un gobierno verdaderamente paternal este país restañó en pocos años sus heridas; vió aumentadas singularmente su población y su riqueza, y ostentó una prosperidad no conocida quizás ni aun en la época floreciente de la dominación romana.

Tenia Al-Mondhyr predilección marcada por el ameno y fértil valle en que nos encontramos. El Valmuza era su eden. Y con el objeto de acrecentar su belleza, gozar más de sus primores y tener más cerca de sí á sus más amadas preudas, hizo construir y se levantó como por ensalmo un bonitísimo palacio cerca del sitio mismo que ahora ocupamos y del que sin duda son vestigios las atargeas y albercones que esta mañana descubrió Fabriciano á costa de un buen susto. A esta semi regia mansión no le fué ya difícil atraer á Sofía, no menos enamorada que él mismo de la amenidad de este valle y de la belleza de sus contornos, sembrados de granjas y animados por la alegre actividad y movimiento agencioso de una población numerosa, entre la cual tenía muchas amigas y no pocos deudos. Tales atractivos fueron más que bastantes para que Sofía hiciese de este palacio su residencia habitual, y en él se educó y creció, azucena reina del valle, la encantadora Leila, alegría de sus padres y orgullo de estos lugares.

T. R. PINILLA.

(Se continuará.)

BALADAS AMERICANAS

POR

LUIS RICARDO FORS (1)

SOLEDAD

(De un canto paraguayo.)

El sol se oculta entre sábanas de sangre y el uratahú llora en las ramas del yatay.

Cantemos como el pájaro de los bosques las desgracias de nuestra tierra.

(1) Véanse los números 22 y 23 del tomo XXV de LA AMÉRICA.

Los yerbales están secos; el mate no perfuma nuestras cocinas, ni los azahares embalsaman nuestros potreros.

La patria ha sucumbido.

Por esto el sol se oculta entre crespones sangrientos y el uratahú lanza sus quejidos entre el follaje del yatay.

El Lambaré está desierto.

En sus verdes laderas no resuenan ya las pisadas del esforzado paraguayo, ni el eco de los cantos guaraní resbala sobre las aguas del Paraguay.

Los caranchos revolotean en sus orillas, hartos de cadáveres.

La guerra todo lo ha cubierto de luto y escombros.

Por esto se tiñe de sangre el sol en el horizonte y dentro del frondoso yatay gime el triste uratahú.

Las chacras desaparecieron; los ganados han sido pasto del soldado; hasta los tigres han abandonado la tierra y los yacareis las aguas.

La guerra ha llenado de desolación el suelo paraguayo.

Sólo han quedado la voz de la mujer y el llanto del niño para poblar los aires con gritos de desesperación.

El pueblo guaraní ha muerto.

La mujer paraguaya ha roto su blanquísimo tpo en señal de luto.

Y mientras tanto el sol se oculta entre siniestros y rojizos resplandores y el uratahú se balancea tristemente entre las hojas del yatay, haciendo oír sus plañideros cantos.

La muerte era más dulce que la horrible herencia de la guerra.

Era más grato morir en los brazos del hombre amado, antes de las matanzas de Curuzú.

Mas delicias ha gozado el defensor de Humaitá espirando por la patria, que la infeliz mujer que hoy canta su valor.

Triste es el Paraguay sin sus hijos.

Triste es la vida sin nuestro compañero.

Por esto derrama el sol mares de sangre sobre el mundo: y el uratahú mares de dolor desde la copa frondosa del yatay.

Los cambais (1) han destruído los ranchos y las villas. Han esparcido el fuego y la muerte sobre el Paraguay y la desesperación sobre sus habitantes.

Por donde ellos han pasado sólo reinan la miseria y el dolor más espantosos.

Desde Tebicuarí hasta Cerro Corá (2) la tierra está sembrada con los cadáveres de nuestros compañeros.

Allí devora el carancho el corazón de nuestros padres, de nuestros hermanos y de nuestros esposos.

Los esteros y carrizales ocultan sus cuerpos y los bañados y riachuelos están teñidos con su sangre.

Ya no existe la patria, ni la casa que fué nuestra delicia; ni el amante que nos estrechó en sus brazos; ni la paz en que arrullábamos el sueño del que nos embriagaba de felicidad.

Sólo han quedado nuestros ojos para llorar y nuestros corazones para sufrir hasta el día del último sueño.

Por esto el Paraguay está cubierto con crespones de luto y empapado en lágrimas de desesperación.

Por esto el sol se oculta entre sábanas de sangre y el uratahú llora en las ramas del yatay.

LOS HOMBRES BLANCOS

(Tradición mejicana).

El fuego abrasará los templos de Quetzalcoatl (3). La sangre anegará los jardines del pueblo azteca.

Nuestras abominaciones están grabadas en la piedra de oro del Grande Espíritu.

La luz se ocultará; las vírgenes olvidarán sus cantos; los guerreros romperán sus lanzas y sus flechas.

Después de la vida de nuestros nietos, el pueblo azteca será esclavo.

Quetzalcoatl ha preñado sus ojos de ira; una mon-

(1) Durante la campaña contra la alianza brasilera argentino-oriental, los paraguayos llamaban á los soldados brasileiros *cambais*, que en su lengua guaraní significa *negros*.

(2) Puede decirse que el Tebicuarí y Cerro Corá fijan los hechos de armas que principiaron y acabarán la campaña en territorio paraguayo.

(3) Dios de los aztecas que presidía el comercio, la adivinación, los vientos y la guerra. Sus templos se edificaban con cráneos de víctimas sacrificadas en honor suyo.

taña de maldades ha subido hasta él; sus sacerdotes no pueden aplacar su furor; las víctimas humanas irritan á Quetzalcoatl.

Ya no protege el comercio de nuestros mercaderes; ni encadena los vientos; ni da voz á los oráculos; ni dirige los dardos del guerrero azteca.

Sus piés se bañan en nuestros crímenes y nos maldice.

Sus oídos están llenos de nuestras iniquidades y nos abomina.

Sus manos se manchan en el fango de nuestros corazones y huye de nosotros.

• Nadie puede aplacar á Quetzalcoatl.

La sentencia del Grande Espíritu es irrevocable; resuena en los cráneos que llenan sus templos; está escrita en el fondo de todas las nubes del cielo y en la espuma de todas las olas del mar; la sentencia de Quetzalcoatl vibra en todos los rayos de la luz y en todos los ecos del trueno.

Oíd la sentencia de Quetzalcoatl:

«Yo soy Quetzalcoatl, el brazo del primer poder.

»Yo he enriquecido al pueblo azteca por el comercio, lo he engrandecido por la guerra; los vientos que he enviado delante de él han destruído todos los obstáculos de su camino.

»Pero la nación azteca perecerá y el nombre de sus jefes se borrará de la memoria de las gentes.

»La soberbia de los aztecas ha llegado á mí y sus crímenes llaman sobre sus cabezas la destrucción y el martirio. El pueblo azteca desaparecerá de la superficie de la tierra.

»Esta es mi sentencia.

»Las aguas de la parte del sol sostendrán las casas de los hombres blancos, y éstas se fortalecerán sobre las moradas de los aztecas (1).

»Los hombres blancos vendrán del país en donde nace la Grande Estrella, para exterminar el imperio azteca.

»Las aves cantarán su venida y las brisas besarán sus rostros en que nace el pelo.

»Las frutas les brindarán sus dulces jugos; las flores, su fragancia; y los árboles les protegerán con su sombra. Porque los hombres blancos serán el brazo del Grande Espíritu que ha decretado la destrucción de los aztecas.

»Esta es la sentencia de Quetzalcoatl!»

Acatemos la sentencia de Quetzalcoatl.

Cuando se cumpla, serán perdonadas nuestras culpas en la región de la Luz Suprema.

Entonces resucitarán los justos y los fuertes en el seno del Gran Espíritu. Volverán á entonar sus cantos amorosos las vírgenes de Anahuac; y los guerreros volverán á conquistar imperios poderosos.

¡Gloria á Quetzalcoatl!

EL OPPAVOC

(Costumbres de los *Mound-Builders*.)

¡Gloria al Gran Manítú!

Los hombres le deben las delicias del Oppavoc (2).

Sólo El conserva la carne petrificada de los padres de los hombres, para que éstos puedan fabricar las pipas en que se consume la hoja seca de la planta deliciosa.

¡Gloria para siempre al Gran Manítú!

Nuestros brazos levantan los montes sagrados para su alabanza y adoración.

Para El cubrimos la tierra con obras gigantes.

Las nubes besan las águilas y las serpientes que esparramamos por todas las comarcas que veneran al Ser Poderoso: nuestras pipas envían más allá de todas las lunas el perfume del Oppavoc (3).

Nuestro paso por el mundo se perpetuará por la grandeza de los montes sagrados formados por nuestras manos.

Y la gloria del Gran Manítú será eterna, porque serán eternas las obras de nuestra raza.

Y serán eternos los beneficios del Gran Poder, porque recibe la más estimada de todas las ofrendas.

(1) La tradición de los hombres blancos con pelo en el rostro, que habían de llegar de Oriente á esclavizar á los indígenas, preocupaba á los indios de México y de Haití, mucho antes del descubrimiento de América por Colón. Véanse las observaciones de Mr. Madier de Mantjan en el Congreso de Americanistas de 1874, celebrado en Nancy.

(2) Nombre indio del tabaco en los países del Mississippi.

(3) Los *mound-builders* levantaron inmensos promontorios en las comarcas de la América Septentrional, dándoles formas de diversos animales. Estos promontorios existen todavía. Pertenecen á la época prehistórica y todos tienen en sus cumbres gran cantidad de pipas de diversas figuras.

canzar el triunfo, que desde luego no vacilamos en afirmar ha de volverle la espalda.

Alemania no se resigna á que la Iglesia empuñe la batuta en la grandiosa orquesta de la humanidad; está interesada en que sus ambiciones se realicen sin estorbo de ningún género, y hallando pequeñas á todas las demás naciones para impedirlo, fija exclusivamente su atención en la Santa Sede, que apoyada por todos los viejos católicos de ambos hemisferios es la única que puede oponerle una resistencia formal y de trascendencia. La Iglesia, por su parte, que empieza á temer por las discordias que debilitan sus huestes, necesita hacer un vigoroso esfuerzo para conservar su antiguo poderío, afianzando á la vez, su crédito y su dominación.

Pero la intriga judaica no toma este rumbo. La astuta Inglaterra, más perspicaz y cauta que Alemania y la Santa Sede, aspira también al mando supremo, por un camino mucho más seguro que el que han elegido sus dos rivales. La Santa Sede aspira al logro de sus afanes por medio del dominio de las conciencias y las medidas represivas; la Alemania, echando mano de la democracia naciente; pero Inglaterra, y en esto se ve palpable su astucia, por medio del oro. Vase extendiendo poco á poco por el Oriente, establece colonias, monopoliza la producción y extiende su comercio á las más lejanas regiones. No hay que esforzarse mucho para decir quién ganará.

En medio de todo, como la humanidad no está completamente educada, el propósito de Inglaterra es ménos funesto de lo que sería en otras condiciones. En los pueblos modernos, donde el servilismo vestido de frac ha hecho indispensable la falta de respetabilidad entre las distintas clases, no puede asombrarnos nada, y en este concepto puede llegar un día, en que por alimentar nuestras pasiones de magnificencia, toleremos el absolutismo del dinero, que es el peor de los absolutismos.

En nuestra España, son más de temer estos casos. Tenemos, á más de las riquísimas minas de Almadén, que dan rendimientos extraordinarios, otras de oro en la región del Sil, tan abundantes, que las de San Francisco de California no son nada comparadas con ellas; pues bien, nuestra desidia, ó nuestra incuria, ha dado lugar á que los ingleses inicien la explotación, y dentro de poco vamos á ver salir de una nación pobre y agobiada por los *déficits* ríos de oro que irán á sepultarse en la Gran Bretaña. ¿Qué puede importar á Inglaterra que nuestros soldados sean los más valientes de Europa y nuestra marina la más aguerrida? Para dominarnos ni necesita el poder de las bayonetas ni la voz de los cañones: le basta con hacernos pagar á peso de oro los paños que ha tejido con nuestras lanas, los muebles que ha construido con nuestras maderas, los espejos que ha fabricado con nuestro azogue; los préstamos que nos haga, con nuestro oro del Sil. Tiene en Gibraltar la llave del comercio de Europa, no obstante estar aislada de ella, y en vez de soldados, forma ejércitos de libras esterlinas. Si quisiera podría comprar el antiguo continente.

Ninguna nación puede considerarse menos fuerte que Inglaterra, militarmente hablando, y sin embargo, nadie negará su grandísima influencia en la cuestión de Oriente. ¿A qué se debe esto? Puede asegurarse que no es al temor que inspiren sus soldados, desprovistos por otra parte de una completa educación militar, y siendo esto evidente ¿cómo hemos de explicarnos que Europa haya visto impasible el despojo de Egipto?

Inglaterra concluirá por absorberlo todo. En Europa es dueña, además de su territorio, de Helgolánd, Gibraltar y Malta; en Africa, además del protectorado del Egipto, posee los establecimientos de la Senegambia, Guinea Superior, las islas Ascensión y Santa Elena, la colonia del Cabo, la isla Mauricio y las Seychelles; en Asia, Aden, casi todo el Indostán, Malaca, Singapoore, etc.; en la Indo-China, islas de Ceylán y Hong-Kóng, etc.; esta última en la costa de China; en América, la Nueva Bre-

taña, Lucayas, Jamaica, algunas de las pequeñas Antillas y una parte de la Guayana.

Todas estas colonias son de la mayor importancia para Inglaterra: las de Europa, como puntos estratégicos, las demás por sus productos, que hacen afluir á la metrópoli incalculables tesoros. Del Africa recibe marfil, gomas, café, etc.; del Asia, café, canela, arroz, piedras preciosas, telas de seda y lana, etc.; de América, algodón, añil, azúcar, licores, pieles, maderas, etc., y los establecimientos de Oceanía, aun prescindiendo del oro de la Australia, son excelentes posiciones para el porvenir, que aseguran sólidamente su dominio.

Hay que convencerse de que los ingleses impondrán la ley, no sólo á los europeos, sino también á los americanos, á los asiáticos, africanos, y en suma, á todos. Su diplomacia es de un carácter especial y les agrada que las naciones se destrocen con guerras, porque de este modo necesitan fusiles que ellos venden, abastecimientos que ellos proporcionan, uniformes para los soldados, que ellos fabrican, y en general, multitud de cosas que se hacen pagar á un precio fabuloso.

El centro del mercaderismo actual tiene su asiento en Londres. Sus manifestaciones revisten diferentes formas y están caracterizadas por innumerables procedimientos. Inglaterra tiene el poder del oro, que es la gran palanca de nuestros tiempos, y ante él todos los pueblos de Europa no tienen más recurso que someterse á su imperio, que no por dejar de ser material es menos bochornoso.

VII

El imperio del oro, como aspiración suprema, encuentra decididos partidarios en todas sus clases. Hemos visto que puede ser el móvil de las naciones, y que lo es también del individuo como ser aislado, de manera que el mercaderismo, ó sea la tendencia que tiene por base la omnipotencia del oro, arrastra á su pesar á los hombres, ya los consideremos con relación á su individualidad, ya como formando parte en calidad de eslabones de esa gran cadena humana, que se llama sociedad.

Tal vez habrá quien nos tache de maniáticos al pretender combatir un vicio tan arraigado en la humanidad y que parece imposible extirpar, pero nosotros hemos de seguir adelante sin que nos conmuevan sus ironías. No porque la empresa sea formidable, gigantesca, hemos de arredrarnos; nosotros cumpliremos como buenos señalando el mal y poniendo en evidencia á los ojos de las personas sensatas las razones en que nos fundamos para creer que la humanidad no cumple su misión de progreso, y que es un deber de conciencia intentar al menos su regeneración, haciendo que el oro no lo absorba todo erigiéndose en déspota, sino que sea única y exclusivamente una palanca de la civilización, una *cosa* que facilita las transacciones comerciales, el precio del trabajo, en una palabra.

La economía política se pronuncia en nuestro favor bajo este aspecto. Teóricamente todos convienen en que así debe ser, pero en la práctica de la vida, burlándose de los economistas, el oro recobra su imperio é impone sus leyes al mundo. Esa inmensa pléyade de escolares que inundan las Universidades, no asiste á las aulas porque tenga amor á la ciencia, sino porque pueda llegar un día en que su posición social le facilite medios de acaparar oro con menos trabajo que los obreros. La suprema aspiración es el oro, y ante él todos inclinan su cabeza, el sabio y el ignorante, el empresario y el obrero, el industrial y el comerciante, el orgulloso y el humilde. La enfermedad es general.

En todas las manifestaciones de la actividad humana se ve confirmada nuestra aseveración. Es triste que, á pesar de los adelantos adquiridos en nuestra época, haya que luchar con tan graves inconvenientes. Llegará una época en que la vida será imposible, porque sucederán una de estas dos cosas: ó que todos los hombres se conviertan en judíos de sus semejantes, ó que la miseria en unos y la opulencia en otros, origine una serie de luchas

sangrientas que asemejarán á los hombres á una colección de fieras que se disputan un pedazo de carne. Cualquiera de estas dos soluciones pondrá en evidencia el egoísmo de la humanidad.

El mayor enemigo del hombre es el hombre. Esta verdad axiomática puede decirse que es el artículo único de la ley fatal que rige los destinos humanos. No hay más que dos clases de personalidades: pobres y ricos. Los primeros vienen á purgar en la sociedad el enorme delito de su desamparo; no tienen derecho á la consideración de nadie. Los segundos vienen á empuñar el látigo de la crueldad para azotar el rostro de los desheredados, monopolizar las honras sociales.

Las necesidades crecen, pero los obreros disminuyen. Están fatigados de trabajar sin lograr jamás que se respeten sus derechos, y es preciso confesar que no les falta razón. Es muy cruel que haya esclavos negros, pero que haya esclavos blancos, es, si cabe, más censurable; porque supone un refinamiento irritante en los que se imponen por la fuerza del oro. Entiéndase que no clamamos porque la desigualdad de fortunas deje de existir; esto sería utópico, porque siendo la desigualdad una ley general del orden del Universo, fácilmente se deduce que la armonía de la creación desaparecería en el momento en que todas las cosas fuesen iguales.

Bien sabemos que todos los individuos no producen ni gastan lo mismo, y que sería bochornoso equiparar al que con su talento, actividad, economía y constancia en el trabajo llega á reunir una gran fortuna, con el que gasta sin prudencia ni medida, viviendo encenagado en el vicio; pero esto en manera alguna quiere decir que no velemos por los derechos de los trabajadores y de los desheredados de cualquier clase á quienes le imposibilita el mejoramiento de fortuna, privándolos de los medios legítimos de adquirirla, ya ejerciendo presión sobre sus más caras afecciones, ya en fin, monopolizando el producto de su trabajo, estorbando á la par el desenvolvimiento regular de sus facultades intelectuales.

Si los instintos humanos y la razón piden recompensa para el que trabaja útilmente; si la desigualdad de fortunas es la medida de los merecimientos de los trabajadores; si la justicia exige que se dé á cada uno lo que merece según su trabajo y los servicios hechos á los demás, si las sociedades, lo mismo que los individuos consideran la desigualdad de fortunas, no sólo como ancho campo donde ejercitar sus aptitudes, como la diferente dirección de los intereses sociales, sino también como la distinta manera de estimular la actividad y economía de los socios, parécenos que es un deber de conciencia, una obligación sagrada de humanidad abogar porque los empresarios de toda clase, los que de cualquier manera ponen sus capitales al fomento de una industria cualquiera, sepan dar á sus obreros á los que en vez del capital metálico ponen el capital del trabajo que representan sus manos, el justo premio de su laboriosidad en vez de otorgarle un salario ruin y miserable que apenas alcanza á cubrir sus más perentorias necesidades materiales.

¿Cómo ha de ser posible el ahorro en estas condiciones? El ahorro, que debe estar inspirado por un móvil puro, que no tiene más objeto ni aspiración que la de reunir recursos para ejecutar actos buenos y útiles, no puede ser la esperanza de los trabajadores laboriosos, por la sencilla razón de que no pueden ahorrar. Están condenados á mirar siempre con temor el porvenir, y su existencia está constantemente acibarada por las inquietudes, cuando no está martirizada por las enfermedades; se hallan imposibilitados para atender á la satisfacción de necesidades futuras y concluyen por odiar á la humanidad de que forman parte.

El mercaderismo es, pues, una causa generadora de la plaga socialista, porque ejerce su dominio sobre los débiles, llegando hasta prohibirles el precio de su trabajo.

VII

Desgraciadamente, la clase obrera, sea por

su falta de instrucción, sea por las condiciones en que vive, suele carecer de un criterio fijo, y por lo general, su apatía hace estériles cuantos esfuerzos hagan los gobiernos liberales por su prosperidad. Acostumbrada á mirar su porvenir siempre negro, ha considerado en cada uno de sus favorecedores un enemigo encubierto, y su desconfianza, quizá justificada en determinados casos, ha impedido á sus protectores hacer beneficiosos una multitud de procedimientos que eran puestos en práctica por un noble sentimiento de humanidad.

En nuestro país, los obreros adolecen en grado máximo de este defecto. Verdad es que aquí hay la extraña costumbre, sobre todo en las clases elevadas, de aprovecharse ruinmente de su trabajo, escatimando los salarios con la mayor mezquindad, dando lugar de este modo á la aversión al trabajo; pero con todo, parecen que esta circunstancia, lejos de arredrarlos debía servirles de poderoso incentivo para procurar con el mayor ahínco echar los cimientos de su bienestar, acogiendo con benevolencia cuantos proyectos tienen por base su futuro engrandecimiento.

Los obreros ingleses son, bajo este aspecto, los que mejor comprenden sus intereses. Han querido emanciparse no imponiéndose por medio de las huelgas, sino mediante su laboriosidad, con lo cual han conseguido grandes ventajas, porque en primer lugar han sabido combatir á los empresarios y capitalistas que los arruinaban por un método perfectamente legal, cual es la formación de las sociedades cooperativas, y en segundo han demostrado con su esfuerzo que no pueden sus opresores lisonjearse del dominio que ejercen por el oro que tienen, toda vez que mediante estas asociaciones pueden pasarse sin ellos.

Las sociedades cooperativas empezaron á formarse á mediados del siglo actual y se constituyen por cuotas semanales muy ínfimas que entrega cada socio. Su objeto es atender al bienestar de los asociados, estableciendo en su provecho almacenes de víveres y ropas; comprar ó construir casas para los asociados; dar trabajo á los que carezcan de él ó á los que sufran grandes rebajas en sus salarios, para lo cual la sociedad tiene el deber de fabricar cierta clase de artículos; arrendar tierras ó comprarlas, con objeto de que los que carezcan de trabajo se ocupen en su cultivo; fundar escuelas, salas de lectura y bibliotecas con los beneficios de la fundación, facilitando así la instrucción de los obreros; establecer una casa común con fonda donde se den ejemplos de sobriedad y se acostumbre al obrero á tomar horror al vicio y favorecer el incremento de todas las asociaciones de igual naturaleza.

En un principio, las sociedades cooperativas tropezaron con grandes inconvenientes; pero la constancia y laboriosidad de los asociados venció de todas las dificultades, y hoy han prosperado tanto que su capital se cuenta por millones. Sólo en Inglaterra existen más de 800 asociaciones de esta clase, y se han propagado de tal modo que son ya muy numerosas las que existen en Europa, América, Asia y África. En Alemania han tomado un desarrollo prodigioso, así como en los Estados Unidos, Francia, Bélgica, Holanda, Italia, Suiza, Argelia, Turquía, España y la India.

Las sociedades cooperativas pueden hacer la guerra al privilegio y al exclusivismo, si en su desenvolvimiento saben conservar la fraternidad entre los asociados, y marchan todos al bien común como un solo hombre.

La importancia de estas asociaciones es evidente, porque tienen la ventaja de reunir capitales considerables, que sirviendo de poderosa palanca de producción, aumentan los medios de hacer prósperos á los socios, mejorando las condiciones de su existencia. Facilitan á los obreros, en los momentos de estrechez y angustia, los recursos necesarios para atenuar sus males, cuando no para destruirlos; con un elemento de orden, porque inspiran amor á la propiedad, fomentan entre los asociados lazos de unión y fraternidad; contribuyen eficazmente á moralizar á los trabajadores, haciéndoles económicos y laboriosos, y por último,

estimulan poderosamente los sentimientos de humanidad, como son la abnegación y el amor de sus semejantes.

En España no han tenido todo el desarrollo que sería de desear, porque las personas encargadas de dirigir y ejecutar las operaciones sociales no tenían práctica en los negocios, carecían de una inteligencia privilegiada, y su moralidad no era ciertamente de la más probada é intachable, esto sin contar con que los socios eran, por lo general, holgazanes, discolos y viciosos.

Por medio de estas instituciones el imperio del oro se debilita; los asociados no ven en él más que un medio de prosperidad, y no en modo alguno un látigo cruel de opresión. El mercaderismo se ve combatido de este modo, con sus propias armas, lo que, por lo menos, hace detener sus progresos, y gracias á este procedimiento desaparece, no la desigualdad de fortunas, que esto es imposible, sino la de clases, que es el principio sobre que gira la humanidad.

Es preciso comprender que todos los hombres son iguales en derechos y en deberes, y por lo tanto, igualmente dignos del aprecio de sus semejantes. Como dice un notable economista, la opinión se ha mejorado considerablemente en los tiempos actuales; ya no hay, como en los precedentes, barreras insuperables entre las diversas clases. Han influido en este progreso, la ciencia, la revolución legal, y más que todo, los cambios de fortuna, producidos por el trabajo y el ahorro. Muchos nobles antiguos han perdido por su ignorancia y sus vicios sus fortunas, y han tenido que impetrar el auxilio de los plebeyos, y á veces colocarse bajo su dependencia. Frecuentemente han recibido como un inmenso favor obtener para sus hijos la mezcla de su sangre con sangre plebeya, ó quizás un empleo, esperando en la antecala de un ministro, cuyo padre fué zapatero de viejo.

Todas estas preocupaciones son hijas del mercaderismo, esa enfermedad odiosa de los pueblos civilizados, enemigo constante de la humanidad y del progreso. Los gobiernos, la prensa, las corporaciones, todos, en fin, tenemos el deber de combatirlo, procurando que el trabajo de todas las clases sea respetado y honrado, porque mientras las desigualdades sociales subsistan, será imposible que la fraternidad una á todos los hombres. Es un deber facilitar la asimilación universal por medio del respeto mutuo que engendra una buena educación social.

Los progresos adquiridos bajo este punto de vista en los tiempos actuales no son más que teorías. La igualdad ante la ley está reconocida en todos los países civilizados; pero no está prácticamente admitida. Si las clases obreras se instruyen, si se consigue elevar la condición humana á su mayor esplendor, el imperio del oro estará herido de muerte, y la enfermedad que padece Europa podrá llegar á desaparecer.

VIII

La enfermedad que venimos señalando se ha opuesto constantemente al engrandecimiento de la humanidad, convirtiendo á los nobles hijos del trabajo en esclavos sumisos de los privilegiados de la fortuna. Por eso cuantos ya directa ó indirectamente basaban su bienestar y comodidad en las preeminencias y fueros que les concedía la desigualdad de clase, han procurado en todos los tiempos combatir la libertad como ley del trabajo productivo, negando á los trabajadores los derechos á que eran acreedores, y que les hacían dignos del aprecio de sus semejantes.

Combatiéndola conseguían garantizar los nobles su estabilidad afianzando su poderío sobre sólidas bases, porque estableciendo como ley de dominio la costumbre judaica de que los obreros trabajen en provecho de un extraño, no podían tener motivos para amar á la humanidad, y mientras este odio existiera latente, la infeliz víctima trabajaba como precio de la conmiseración de sus opresores que le conservaban la vida.

Así, encontrando en su cruel existencia los trabajadores muchos deberes y escasos derechos, venía á establecerse una dominación odiosa y contraria á las leyes de humanidad, que abogan constantemente por la independencia y la libertad del hombre, como ser sensible, inteligente y activo. Además, se vulneran los fueros que concede al hombre el derecho político.

El derecho político nace de dos fuentes, según que sea racional ó expeculativo, ó positivo y experimental. La organización física y moral del hombre es la primera de dichas fuentes, y de ella parten todas las instituciones políticas, pues de otro modo la conservación y perfección del individuo en la sociedad no sería posible. En vano se pretenderá contrarrestar este principio, porque más pronto ó más tarde el hombre, por un movimiento innato en su ser, obedeciendo á sus deseos y necesidades, saltará con violencia sobre cuantos obstáculos se le presenten, destruyendo los insidiosos lazos del exclusivismo, contrarios á su naturaleza, repugnantes á su dignidad y opuestos á su engrandecimiento.

La segunda fuente de donde nace el derecho político son las leyes que ha sancionado el uso por beneficiosas á la condición humana, ó reconocidas en los Códigos como necesarias para el bien común. Podemos, pues, considerar al hombre como sujeto de derecho, bajo dos puntos de vista: histórico y filosófico. El primero supone el conocimiento de la naturaleza del hombre y de la sociedad, así como el de las leyes que le rigen, juzgándolas como buenas en tanto estén conformes con lo que dicta la sana razón; el segundo examina las leyes, no por lo que significa su bondad absoluta, sino por lo que representa su bondad relativa.

El mercaderismo, aspecto externo de la enfermedad de Europa, es contrario á todas las leyes y está condenado por la historia y la filosofía, que son los cimientos sobre que descansa el derecho político, base, á su vez, del derecho público y privado. La propiedad, la familia, el estado de las personas, están en íntimo contacto con las instituciones políticas, que deben procurar siempre el engrandecimiento del hombre, combatiendo cuantas tendencias ofenden y lastiman las ideas e intereses de todos y cada uno de los ciudadanos.

El incuestionable derecho que tiene el hombre de poner en acción sus facultades, ó sea la libertad del trabajo, no podía menos de ser un peligro para cuantos, inficionados de este virus social, no veían en la naturaleza humana otro móvil que el oro, al cual supeditaban todas sus afecciones, todos sus afanes, todos sus desvelos, y por más que la razón natural concede al trabajador la libertad de producir sin más limitaciones que las establecidas por la naturaleza, la prudencia, la moral y el derecho; hacían impunemente pedazos todas estas leyes intuitivas, extralimitando sus atribuciones más allá de lo que su derecho mismo consiente, y que en manera alguna puede autorizar que se viole el de los individuos, poniendo obstáculos á la producción y al progreso.

La propiedad de nuestras facultades, natural y forzosamente exclusiva, no puede desconocerse, aun por los más exaltados cerebros, por la sencilla razón de que no hay poder ni fuerza capaz que sea suficiente á despojar al hombre de lo que forma parte de sí mismo. He aquí por qué al pretender los exclusivistas investigar las conciencias, cometen un verdadero crimen moral, que no puede disculpar ni el fervor religioso ni el interés de la doctrina católica.

El hombre, libre en su conciencia, es libre también en sus actos como lo es en su trabajo, y entiéndase que este derecho no supone el de no trabajar, porque siendo este uno de los deberes del hombre, faltaría á él, determinando con esto un desequilibrio completo entre sus obligaciones y sus derechos. Pero si el hombre carece de libertad de conciencia (cosa imposible), no puede comprender sus deberes, porque careciendo de libertad, trabaja contra razón y derecho, y hasta puede estar dispensado

de sus obligaciones, toda vez que los productos de su trabajo, en vez de endulzar las amarguras de personas queridas, sirven sólo para enriquecer á sus opresores, convirtiéndose de este modo en odio irreconciliable.

El que se ve obligado á trabajar en provecho ajeno, sin esperanza de mejorar de posición ó fortuna, siente sólo el temor del castigo, se hace indolente y perezoso, y la noción del deber tiene escaso influjo sobre su conciencia, lo que no sucede con el que, no sujeto á las asechanzas del judaísmo, goza de libertad de acción para su trabajo, pues se afana en producir más y mejor, toda vez que su temor arranca de otro origen, pues que siente perder el bien propio y el de los seres á quien ama. Animado por la esperanza de prosperidad, trabaja con actividad incansable, y al procurar su bien propio, facilita los medios de fomentar el de sus semejantes.

La humanidad está todavía muy lejos de cumplir su misión, porque el mercaderismo tiene hondas raíces en su seno y estorban constantemente su progreso, aun dentro de la civilización misma. Es, pues, muy trascendental y muy urgente curar esta enfermedad tan grave, propagando doctrinas contrarias á esa tendencia.

IX

Para dar por terminado este estudio réstanos sólo considerar el mercaderismo como elemento desorganizador de la sociedad.

El imperio del oro no es el fin de la vida humana, porque el hombre no ha venido al mundo para vivir caprichosa y desordenadamente, y así como para el cumplimiento de su destino está obligado á mejorar las condiciones de su existencia, así también, para llegar á su mayor grado de perfección, ha de combatir cuantas tendencias se opongan á la satisfacción ordenada y conveniente de sus necesidades, tanto morales como físicas.

El fin exclusivo de la vida humana no debe ser, por tanto, ni la riqueza, ni la libertad, ni el poder, ni la gloria, ni la felicidad, ni la perfección, porque siendo varia la naturaleza del hombre, los fines que en la vida tiene que cumplir son también varios.

Como creación del Supremo Hacedor tiene que cumplir un fin religioso; como ser sensible, un fin estético; como ser inteligente, un fin científico; como ser libre, un fin moral; como ser sociable, un fin social; como ser material, un fin físico; como sujeto de derecho, un fin jurídico.

Por tanto, para que pueda cumplir su destino ha menester satisfacer las necesidades legítimas de su espíritu y de su cuerpo.

Si no satisface la necesidad de conocer ca la vez mayor número de verdades, no puede mejorar en el orden estético; si no satisface la necesidad de que se respeten sus derechos, no puede mejorar en el orden social, y por último, si no satisface las necesidades correspondientes á cada uno de los fines de su vida, no podrá mejorar en ninguno de los órdenes de su actividad.

El hombre, teniendo la conciencia de sus fuerzas y de su actividad, conociendo sus relaciones con la naturaleza, está obligado á realizar su progreso intelectual, moral, estético, social y material. Ahora bien; ¿puede realizar todos estos fines de la vida humana en las condiciones actuales de la civilización europea? No.

La civilización en Europa ha fomentado el progreso en todos los ramos; ha producido á la humanidad bienes sin cuento, pero ha rebajado el carácter moral del hombre desde el momento en que le ha hecho esclavo del oro; ha engrandecido la intriga, rebajando la nobleza; ha roto los lazos de amor que habían de unir á todos los hombres, y ha convertido á la humanidad en una estancia de mercaderes.

Esta enfermedad, pues, debe combatirse como elemento desorganizador y como contrario á todas las leyes.

La civilización debe realizar su verdadero progreso, no rebajando al desheredado, sino enaltecendo al laborioso; no *comprando y ven-*

diendo, sino estimulando al productor y castigando al ocioso; no facilitando el engrandecimiento personal por medio del oro, sino haciendo que el hombre, como ser social, ponga en acción sus facultades, no únicamente en utilidad exclusiva de sí propio, sino también en utilidad de los demás.

Cuanto mas estrechamente unidos vivan los hombres, y mayor sea el número de los que cooperen al cumplimiento de los fines de la vida, tanto más progresará la humanidad realizando su verdadera misión, lográndose extender de este modo, estrechar y mejorar las relaciones de los individuos, las familias, los pueblos y las naciones.

El mercaderismo, olvidando que la sociedad es un hecho natural y que todos los hombres deben respetarse, aun cuando sus costumbres, riquezas, idiomas, gobiernos, leyes y fuerza sean diferentes, tiende constantemente á la desunión, para que, aisladas las fuerzas humanas, sean incapaces de producir, facilitando así el imperio del oro, y pues todos los hombres están dotados de necesidades iguales, tienen igual organismo, idénticos derechos están sujetos á la misma ley moral, siguese que esa tendencia que se opone á todos estos principios, es un elemento desorganizador de la sociedad, esta contenida por la moral y el derecho y es contrario á la naturaleza del hombre.

El *mercaderismo*, ayudado por la religión, la prensa, la política, la ciencia, la literatura y otras palancas, impide á la humanidad cumplir su misión de progreso, y atiza los odios entre los hombres, aprovechando las diferencias de raza, clima, costumbres, lenguas, religión, intereses, historia, leyes y gobiernos.

Los Estados tienen que cumplir con el deber de estrechar las relaciones internacionales, ayuda los por las corporaciones y los particulares; deben contribuir en la medida de sus fuerzas á que todos los hombres sean hermanos, cualquiera que sean sus diferencias de raza, costumbre, trajes y lenguas, y de esta manera, cooperando todos al engrandecimiento de la humanidad, podrá esperarse que llegue un día en que la enfermedad de Europa sea viciada.

Mientras tanto, entendemos que es un deber de todo hombre honrado poner sus fuerzas al servicio de esta gran causa, utilizando para ello la cátedra, el libro, la prensa periódica, la industria, el arte, la religión y la ciencia, que hoy por son el apoyo más firme del mercaderismo actual.

SANTIAGO ARAMBILET.

REVISTA DE MADRID

Crónica criminal más que crónica madrileña debía titularse esta Revista. El crimen en todas sus formas repugnantes, ha llenado por completo el espacio de quince días transcurrido desde nuestro número anterior. Crímenes en casas particulares, crímenes en plazas públicas, vista de causas criminales en el Juzgado y, dominándolo todo, el recuerdo de otro gran crimen histórico cometido hace diez y nueve siglos, equivocación lamentable de cuya mancha aun no ha podido librarse la falible justicia humana: la muerte de Jesús en el Calvario, condenado por predicar la caridad y el amor entre los hombres.

En temporada tan pródiga en atentados como lo está siendo la presente, el ánimo más sereno se perturba, la cabeza más firme se desvanece, la razón más segura se encuentra á oscuras y busca á tientas su camino; piérdese la noción de lo justo y de lo injusto, siéntese dentro del alma algo así como si el eje moral de la humanidad se hubiese alejado del centro que antes ocupaba, y el más optimista no puede dejar de preguntarse si el mundo es un gran presidio ó un vasto manicomio: tal parecen malvados ó dementes los que viven á nuestro lado, se codean con nosotros á todas horas y nos asustan con el triste espectáculo de sus pasiones desbordadas; horas tristes de soledad y de amargura, horas negras en que el menos excéptico busca á Dios por todas partes, le llama con toda la fuerza de sus pulmones, y no ve más que sombras lúgubres y no oye más que silencios abrumadores. En la naturaleza el sol que ríe, el día que amanece, el campo que canta, los árboles que se visten de hojas, las plantas que se bordan de flores, los montes que se coronan de verdura, un cielo tranquilo que inunda la luz ó esmaltan las estrellas; paz, tranquilidad, dulzura, algo que habla con voces indistintas que modulan un himno melodioso, especie de plegaria fer-

viente, símbolo de religiosa adoración. En el mundo la humanidad arrastrándose sobre la tierra, el odio que ruge, el rencor que mata, la ira que destroza, el capricho que trunca una existencia cambiando el orden de las cosas, conflictos internacionales que surgen, guerras que se disponen, hecatombes que se preparan, la misma corteza terrestre, sufriendo sacudidas horribles, desplomando montañas, abriendo abismos en que se hunden confundidos en un montón de ruinas hombres y edificios, inocentes y culpables, malvados y bienhechores, como si la misma tierra irritada contra la ruín humanidad quisiera acabar con ella de una vez para extender la losa del olvido eterno sobre sus pasiones miserables. Como respondiendo al caos confuso de las cosas que nos pintan las leyendas de todas las religiones, este otro caos moral que parece aguardar también el *Fiat lux* de un Creador.

Hay realmente motivos para preguntarse la causa que produce de cuando en cuando estas avalanchas de crímenes y atentados, que con tanta razón alarman á la conciencia, poniéndola en el caso de dudar de sí misma y creerse abandonada como una pluma al furioso empuje de los vientos. La ciencia estudia ahora y trata de penetrar los secretos impulsos que á la larga ocasionan los terremotos; problema no menos interesante, y tampoco menos complicado, estudiar las causas de estos verdaderos cataclismos pasionales, para prevenirlos y neutralizar sus efectos, si es que era imposible acabar con esas causas productoras. Tienen los malos instintos de los hombres ratos de tregua, en que parece que, por un convenio tácito, los irascibles se hacen sufridos, los violentos, cachazudos, los soberbios, humildes, y los celosos, confiados. Pero pasa el momento de tregua, y como si espíritus invisibles se complacieran en proporcionar á los culpables ocasiones para su culpa, el azar, la casualidad, ponen frente á frente á los que se odiaban, hacen que se encuentren los que se buscan, que se tropiecen los que se esquivaban, y que la palabra dura, el insulto grosero, la acusación rencorosa, salgan del alma, suban á los labios, hieran el aire, burlen la amenaza y provoquen el castigo. Un hombre que pasa por una calle un momento antes ó un momento después, un impulso que se contiene ó no, una frase que no se diga, un oído torpe que no escuche, un nada, y la sangre no corre, y la vida no falta, y el crimen no se comete. Pero la frase se dice, el oído la escucha, el impulso no se domina, la inteligencia no razona, el miedo calla, el brazo no se detiene, y en tal calle, en tal lugar, á tal hora, la bestia triunfa sobre el hombre, el instinto brutal sobre la razón dueña de sí, el mono de las selvas primitivas sobre el ángel caído soñado por los legisladores religiosos.

Porque esta serie de delitos, este catálogo de culpas es el argumento de más fuerza que puede emplear en sus discusiones la escuela trasformista. Si raspando sobre el hombre se encuentra al mono, no aparece jamás el ángel. Vedle presa del instinto, sin poder dominarle, haciendo el mal por gusto muchas veces, siendo cruel, imbecil y malvado. ¿Qué dejó en él la naturaleza angélica que se le otorga generosamente? Nada. Esta misma tendencia que le eleva, tiene quizás más de aspiración á un bien desconocido que reminiscencia de un bien abandonado. Para él no hay lazos de familia. Leed los periódicos y veréis hijos que han herido ó muerto á sus padres, esposos que han disparado sobre sus mujeres sin respeto al hijo que estrechaban contra su pecho, hermanos que riñen con hermanos, un hombre que mata á la mujer con quien se fundió algún tiempo en cuerpo y alma, una mujer que asesina al hombre cuya sangre se unió con la suya, y palpité nueve meses en sus entrañas. Tal es el hombre, la obra predilecta de Dios; examinadle para descubrir su origen, pero no busquéis alas, sino cola.

Hay entre los delitos realizados estos días uno cuya pena ha de dar mucho que discutir á los jueces, mucho que hablar á las gentes que asistan á la vista de la causa, delito que se presenta bajo un aspecto simpático y que halla un eco en todo corazón honrado y noble; ese delito es el cometido por una pobre joven que con él trató, ya que no de defender, de vengar al menos su virtud mancillada por un hombre.

Sus detalles son pocos, el hecho es sencillo, se realizó en la plaza de Isabel II. Oculta entre los árboles una mujer joven y hermosa aguardaba al hombre que la había seducido ofreciendo hacerla su esposa ante los hombres como lo era ya ante Dios, porque la unión de dos cuerpos en un abrazo y de dos almas en un deseo parece lazo más fuerte que la sanción social de un sacerdote y un alcalde. El amor, que atenúa si no disculpa ciertas faltas, la ocasión que las precipita, la debilidad femenina, inútil para guardar mucho tiempo depósito tan difícil de conservar íntegro y puro en medio de las asechanzas del mundo, llevaron á la mujer palpitante de amor á los brazos de aquel hombre á quien ahora esperaba palpitante de cólera, y un hijo había sido fruto de su encuentro, fruto desgraciado de unión ilegítima que las leyes actuales de la sociedad marcan con un sello vergonzoso. La posesión trajo el hastío, el goce provocó el cansancio, y el seductor abandonó á su pobre

víctima mal guardadora de su honra, sin cuidarse del cumplimiento de la solemne promesa á que debió el amor que había gustado tantos meses, que hay hombres para quienes la honra femina es cosa de ningún valor, mercancía de ningún precio en que nadie debe pensar. Ella lloró, imploró, arrastrándose á los pies del infame en demanda de su honra; pero no consiguió nada. Rezó, alzó fervientes súplicas á Dios, á ese Dios defensor de desvalidos, amparador de desgraciados que en otro tiempo hacía milagros para cubrir honras perdidas; pero hace ya muchos siglos que el cielo no se abre, que los santos y los ángeles no bajan á la tierra, que las imágenes de la Virgen no andan ni los crucifijos juran, ni el rayo se desprende de las nubes sin que preceda un fenómeno meteorológico, y sólo el eco contestó á sus oraciones. Estaba sola, perdida para siempre, sola con su hijo, con su remordimiento, el mundo no podía hacer más que despreciarla, la ley no se tomaba el trabajo de protegerla, Dios no la oía... La desesperación la dió fuerzas, y convencida de que no podía esperar nada que no fuera de sí misma, decidió exigir lo que tanto había implorado, y matar si no era satisfecha... Y emboscada en la plaza habló á su amante, le rogó por última vez, le exigió por primera, y al ver que todo, súplicas y amenazas era inútil, apuntó con una pistola y disparó. No obtenía satisfacción y castigaba.

¡Conflicto terrible éste en que los hechos ponen á la ley! De un lado está el delito consumado, la sangre derramada, esa vindicta pública en cuyo nombre se han cometido tantas iniquidades, y de otro lado, el delincuente, digno, honrado, noble y como bañado por una luz sobrenatural, como envuelto en una aureola deslumbrante. El Código sin entrañas, la letra cruel, castiga; algo que dentro del hombre vive, palpita, se mueve, algo á cuya influencia no puede resistirse el mismo juez, disculpa, absuelve y casi santifica. El choque es espantoso, el conflicto surge insoluble; hay un desequilibrio entre la ley escrita por los hombres en los libros y la moral escrita por Dios en la conciencia. El juez dicta su fallo contra ley, ó castiga inclinando la cabeza como bajo el peso de una falta. Y fuera del tribunal, la multitud que se interesa en el fallo aplaude cuando es absolutorio y manifiesta su disgusto si el reo sale condenado. Del lado del agredido todas las sombras, todos los odios, todas las antipatías; del lado del agresor, toda la luz, todos los corazones, todas las alabanzas. El crimen toma aspecto de inocencia; la víctima inspira repugnancias de verdugo.

Esto acusa un grave mal, un mal muy hondo, una

gran deficiencia de las leyes en todo cuanto se relaciona con esa clase de delitos; porque es preciso reconocer que las muchedumbres tienen sentido moral, como tienen sentido común, como tienen sentido práctico. No se trata de un sólo país, en cuyo caso podría creerse puramente local el fenómeno; no se trata de una sola época, en cuyo caso podrían buscarse causas productoras independientes de toda idea de moral, no. El hecho es el mismo en todos los pueblos civilizados; lo aprecian de igual modo todas las épocas. La mujer vendida que mata, el marido ultrajado que se venga, tienen siempre tras sí el respeto, el aplauso de todas las gentes honradas. Ante el adulterio, ante la seducción, el hombre grita siempre á la víctima: —¡Mata! ¡Mata!—Y cuando la víctima mata, la multitud aplaude y enloquece.

Y ni uno solo que discrepe de la opinión general, ni uno solo que condene. Recientes están y en la memoria de todos esos dos grandes éxitos del teatro contemporáneo en España, *El nido gordiano* y *La pasionaria*. Nadie allí que no se descubra ante Carlos, que va á la cárcel; nadie aquí que no apruebe la conducta de Dolores blandiendo aún sobre Justo su puñal ensangrentado, y lo que aplaude en la escena la multitud lo aplaude también en el tribunal. Porque ve al esposo ofendido, condenado al desprecio, al abandono, al ridículo, obligado á alimentar como hijos propios los que no lo son, presa de la duda de si serán ó no hijos suyos los que toma en sus brazos y estrecha contra su corazón; porque ve á la mujer seducida, fatalmente condenada á lupanar, al ludibrio, á la infamia, y la vista de estas dos grandes injusticias á que la ley no puede poner remedio, la mujer que mata y el marido que se venga son dos necesidades de la conciencia humana desamparada por el Código.

Urge acudir á esa deficiencia de las leyes; urge señalar los límites de lo bueno y de lo malo, en tal manera y con tanta exactitud, que nunca se dé el caso de que la sociedad absuelva lo que la ley castiga; urge venir en defensa de esas dos grandes víctimas de los errores morales de una legislación incompleta: el marido engañado por su mujer y la mujer abandonada por su amante. Y nunca mejor que en este siglo de las grandes reparaciones; en estos momentos en que gracias á los esfuerzos del doctor Ezquerdo y su escuela de frenopatas se proclame la redención del loco, debe también proclamarse la redención de los criminales inocentes. Para que ninguna sentencia condenatoria pueda ser tachada de error. Porque el fallo de un tribunal debe hacer arrepentidos, pero no debe hacer mártires.

Yo no sé el castigo que la ley impondrá á esa pobre mujer de la plaza de Isabel II. La conciencia general la ha absuelto.

Terminada la temporada cómica en todos los teatros de importancia—excepto en el Español que aún se sostiene gracias al último drama del Sr. Echegaray,—dos compañías extranjeras ocupan el escenario de Jovellanos y la Comedia, con menguada fortuna la primera y con algo más de suerte la segunda. Es aquella una compañía ligera, *demasiado ligera* para lo que puede exigir el público que asiste á un teatro de primer orden, y pone en escena esa serie de obras francesas desprovistas de ingenio y vírgenes de toda gracia muchas veces. La compañía de la Comedia, con mejor sentido y más altas aspiraciones, ha estrenado dos de los últimos dramas de Sardou, obteniendo en su interpretación dos grandes éxitos: *Odette* y *Fédora*.

En estas obras, el gran dramaturgo traspirenaico se presenta tal como es, con todos sus defectos y cualidades, con todas sus inverosimilitudes y falsedades; pero también con sus situaciones de gran efecto, su conocimiento del teatro, sus golpes de genio, tomando siempre sus asuntos á la actualidad que le rodea, para que cuanto antes se establezca entre él y el público esa corriente misteriosa que va del escenario á la sala, y trae el éxito en sus giros arrebatados, disuelto en bravos y palmadas y aclamaciones. En este punto Sardou no tiene rival. Hace sus obras, sobre todo, para que sean aplaudidas, y con harta frecuencia imita á nuestro gran Lope de Vega en aquello de guardar los preceptos bajo llave antes de ponerse á escribir comedias. Sólo una vez—él lo dice—trabajó por el arte desinteresadamente, y el público no respondió como él creyó que le respondería. Desde entonces prometió no volver á hacer ensayos, y lo ha cumplido.

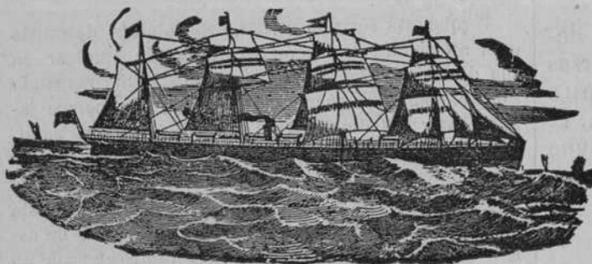
Lo cual no quita para que *La Haine*, á pesar del público de París, sea uno de los mejores dramas de Sardou.

Tengo sobre la mesa algunos libros de que quisiera hablar á mis lectores, entre ellos dos muy apreciables: *Las Cancions et folliets populars*, del celebrado escritor catalán Pau Bertrán y Brós, y un tomo de poesías, muy bien hechas, *Diario de un poeta*, por el conocido periodista José Siles. Otro día las dedicaré la atención que ambas, cada una por su estilo, merecen.

EUGENIO DE OLAYARRÍA Y HUARTE.

Imprenta de EL PROGRESO
á cargo de B. Lanchares, Salesas, 2, duplicado.

ANUNCIOS



SERVICIOS DE LA COMPAÑIA TRASATLANTICA DE BARCELONA

VAPORES-CORREOS Á PUERTO-RICO Y HABANA
con escala y extensión á las Palmas,
Puertos de las Antillas, Veracruz y Pacífico.

Salidas trimestrales

De Barcelona, el 5; Málaga, el 7 y Cádiz el 10 de cada mes, para Palmas, Puerto Rico, Habana y Veracruz.
Santander el 20, y Coruña el 21, para Puerto-Rico y Habana.
Barcelona, el 25; Málaga el 27, y Cádiz el 30, para Puerto Rico, con extensión á Mayagüez y Ponce, y para Habana, con extensión á Santiago, Gibara y Nuevitás, así como á La Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla, Cartagena, Colón y puertos del Pacífico, hacia Norte y Sud del Istmo.

VIAJES DEL MES DE ABRIL

El 30, de Cádiz *Mendez Nuñez*.

VAPORES-CORREOS A MANILA

con escalas en

Port-Said, Aden y Singapore, y servicio á Ilo-Ilo y Cebu

SALIDAS MENSUALES DE

Liverpool, 15; Coruña, 17; Vigo, 18; Cádiz, 23; Cartagena, 25; Valencia, 26, y Barcelona, 1°, fíjamente de cada mes.
El vapor *Isla de Panay* saldrá de Barcelona el 1° de Mayo

Todos estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebaja por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales, para emigrantes de clase artesana y jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

Para más informes en

Barcelona: *La Compañía Trasatlántica*; y Sres. Ripol y Compañía, plaza de Palacio.—Cádiz: Delegación de la *Compañía Trasatlántica*.—Madrid: D. Julian Moreno, Alcalá.—Liverpool: Sres. Larinaga y Compañía.—Santander: Angel B. Pérez y Compañía.—Coruña: D. E. de Guardia.—Vigo: D. R. Carreras Iraragorri.—Cartagena: Bosch hermanos.—Valencia: Dart y Compañía.—Manila: Sr. Administrador general de la *Compañía general de Tabacos*.

EL PROGRESO EN 1885

QUINTO AÑO DE SU PUBLICACION

La importancia adquirida por EL PROGRESO, que á los cinco años de existir figura entre los tres ó cuatro periódicos de mayor circulación de España, á la cabeza de los de gran tamaño, le impone deberes para con el público que de tan extraordinaria manera le favorecido.

Por esta razón todo sacrificio para corresponder á los favorecedores que nos dispensan nos parecen insuficiente y nuestros esfuerzos irán encaminados á consolidar la predilección con que nos distinguen.

LA REFORMA AGRICOLA

Periódico quincenal de intereses materiales. Se regala á los suscritores de EL PROGRESO que paguen por semestres adelantados con todos los beneficios establecidos para los suscritores directos como son: la adquisición á plazos ó con notables rebajas, de toda clase de máquinas é instrumentos agrícolas, plantas, semillas sementales, obras notables de agricultura y la contestación gratuita á las consultas que se dirijan á las *Oficinas* de cultivos de *La Reforma Agrícola*, Serrano, 48, principal.—Madrid.

BIBLIOTECA FOLK-LORICA

A. GUICHOT Y COMPAÑIA EDITORES

SEVILLA

1.ª *Biblioteca de las tradiciones populares españolas*, escritas por todos nuestros mitógrafos y folk-loristas. (En los primeros volúmenes se publican: «Colecciones de cuentos, Fiestas y costumbres. Supersticiones y mitos, Folk lore de Madrid, Juegos infantiles, Folk lore de dibujo, etc.») Publicación trimestral en bonitos tomos de 300 páginas, algunos ilustrados con grabados. Precio de tomo para el suscriptor..... 16

COLON EN ESPAÑA

Esta obra, por más de un concepto interesante y nueva y recientemente publicada bajo los auspicios del Excmo. Sr. Duque de Veragua, se halla de venta en las principales librerías de Madrid, al módico precio de CUATRO PESETAS

Los pedidos pueden hacerse al almacén Romero, Preciados 1, administrador de la obra.

GERMINAL

HIJA LEGITIMA Y EN DOS TOMOS

DE

E. ZOLA

Se compromete á hacer pasar á V. agradables ratos por 6 pesetas.

Librería de *El Cosmos editorial*, Montera, 21

Diccionario

HISTÓRICO, BIOGRÁFICO, CRÍTICO Y BIBLIOGRÁFICO
DE EXTREMEÑOS ILUSTRES
POR DON NICOLÁS DIAZ Y PEREZ

Única obra para estudiar la historia de todos los hombres célebres que ha dado Extremadura desde los tiempos de Roma hasta nuestros días. Saldrá á luz por cuadernos de 40 páginas, en folio español á dos columnas; buen papel y esmerada impresión. Irá ilustrada la obra con retratos, esmeradamente ejecutados, de los extremeños más ilustres. El cuaderno que contenga lámina sólo constará de 24 páginas de texto.

El precio de cada cuaderno en toda España será de 1 peseta. Los suscritores de provincias anticiparán con el primer cuaderno el valor de 5, para no tener interrupciones en el recibo de los que vayan publicándose.

La obra constará de 60 á 70 cuadernos. En las cubiertas de los mismos se publicarán los nombres de todos los señores suscritores.

Se admiten suscripciones en casa de los Editores, Sres. Pérez y Boix, Madrid, Manzana, 21 y en las librerías de D. A. San Martín, Puerta del Sol 6 y Carretas, 39; D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo 2; Murillo, Alcalá y D. Leocadio López, Carmen, 13.